

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII
N.º 299

BUENOS AIRES, ENERO 31 DE 1929

PORTE PAGO

20 Centavos
El ejemplar



SANTA CRUZ

CAUSAS Y EFECTOS

La tragedia de la Patagonia y el gesto de Kurt Wilckens

I. — RECUERDOS DE SANGRE

Cuando echamos una ojeada retrospectiva al período de la otra presidencia de Hipólito Irigoyen, sobre todo desde los años 1917 a 1922, nos encontramos con una verdadera bacanal sangrienta, que contrasta con las épocas anteriores y con la época que siguió, la de la presidencia incolora de Torcuato Alvear. Hubiéramos querido dejar dormir aquellos recuerdos, tan dolorosos para el proletariado revolucionario, pero la vuelta de Irigoyen y el empleo de los mismos procedimientos de entonces, nos hacen prever sucesos cada día más desagradables si el mundo obrero no penetra de una vez la especial demagogia reinante y no pone una valla al arbitrio de los políticos de la hora.

Tal vez es más justo hablar de *irigoyenismo* que de Irigoyen; Irigoyen quizás no pase de un simple mascarón de proa de un partido, de un nombre al amparo de cuyo prestigio trepan al poder toda suerte de alimañas de la fauna política.

El irigoyenismo tiene sus características que lo distinguen del resto de los partidos. Sabe que no es fácil gobernar fácilmente contra la masa entera del proletariado; en consecuencia se reviste de un tinte obrerista; de ese modo se crea un puntal permanente en el seno del mundo del trabajo. Y en lugar de contentarse con las organizaciones obreras reformistas, como sabe que estas carecen de prestigio popular, se va hacia las coloreadas de cierto revolucionarismo. En el pasado período presidencial del irigoyenismo hemos visto incluso a militantes anarquistas, como Francisco J. García y otros, ponerse a la órdenes de la política obrerista del gobierno. En este período, que recién comienza, vemos los restos de la Unión Sindical Argentina, a una buena parte de sus militantes de Buenos Aires y de las provincias, prestarse a todos los manejos políticos del partido gobernante. Y no son raros los ex-anarquistas que hoy, con el triunfo de Irigoyen, andan por ahí de jueces de paz, de comisarios, de altos empleados, etc., etc. Hasta algún diputado podría nombrarse que no hace muchos años se hacía pasar por anarquista. El irigoyenismo parece ser una buena vaca lechera para todos los ambiciosos y para todos los arrivistas.

Sin embargo, el irigoyenismo es profundamente antiobrero; sobre todo se distingue por su inescrupulosidad y por su autoritarismo. Ensoberbecido por haber triunfado políticamente después de un pasado de conspiraciones subversivas, es brutal como lo son todos los amos advenedizos. Confunde su propio triunfo con un triunfo histórico nacional y no consiente sino a disgusto que haya descontentos y bocas que clamen por pan y por justicia. Supone que su

propia hartura debe bastar al pueblo que trabaja y que la tiranía en nombre de ese partido no debe ser interpretada como tal. Por eso no hace mucho, cuando se dió por los anarquistas la voz de alarma contra los avances del irigoyenismo hacia la dictadura, nuestras palabras molestaron los oídos de los mandarines, que intentaron tomar sus represalias. Quizás era demasiado temprano para amordazarnos. Pero la intención no faltó, y posiblemente no se haya abandonado, porque se sabe que nuestro movimiento no se doblegará con simples promesas ni con engaños y persistirá siendo un dique contra el pensamiento de dictadura y de despotismo de la camarilla reinante.

¡No en vano recordamos bien el otro período de Irigoyen! Además, siendo anarquistas por no querer que nadie mande sobre nosotros, es natural que no querramos mandar sobre nadie; dejamos a los que equivocaron el camino cuando vinieron hacia el ideal de la revolución de la libertad, las muchas probabilidades que se les presentan para saltar desde el pedestal que se formaron entre los trabajadores, a las abres del irigoyenismo. Cuando se formó la Unión Sindical Argentina, en marzo de 1922, hemos profetizado que terminaría su existencia con un nuevo congreso de fusión y con la desmembración por el politiquerío que llevaba en sus entrañas. Y no hemos sido malos profetas, por desgracia. ¡Buena suerte a los que se fueron, a los que se van y a los que han de irse todavía! Nuestro movimiento continuará en su puesto, y nuestras ideas serán una acusación perenne contra el irigoyenismo y contra todos los gobiernos, porque la verdad y la justicia están de nuestra parte.

Pero mencionemos aunque no sea más que de paso los episodios sangrientos más ruidosos del anterior período presidencial del irigoyenismo.

Solamente en el año 1917, según un manifiesto socialista que tenemos a la vista, donde se citan nombres, detalles, lugares, etc., caen 26 obreros muertos por los esbirros de Irigoyen y más de cien heridos. De ese año son los sucesos de Firmat, el asalto policial del 10 de junio contra una manifestación anarquista en plaza Once, etc., etc.

De mucho más grandes proporciones fué la masacre de la semana trágica de enero de 1919. Tuvo este origen: el 7 de enero se produjo un choque sangriento entre los huelguistas de la casa Vasena de Buenos Aires y la policía; resultaron cuatro muertos y una veintena de heridos. Esa matanza, unida a todas las anteriores, colmó la medida de la paciencia popular y suscitó una formidable indignación en todo el país. El entierro de las víctimas del 7 de

enero fué una verdadera movilización del proletariado de la capital. Las provocaciones policiales hicieron que el cortejo fúnebre se convirtiese a lo largo del recorrido en un continuo tiroteo. Los trabajadores respondían a las balas de la policía, hubo asaltos a armerías, armamento improvisado del pueblo y durante una semana la alarma invadió las esferas burguesas, porque los trabajadores, en lugar de soportar pasivamente las masacres policiales, respondían a la fuerza con la fuerza. Después de varios días de escaramuzas, la situación comenzó a normalizarse sobre un tendal de muertos y de heridos. Pero justamente cuando los obreros volvían al trabajo, cuando los ánimos se sosegaban de la indignación sufrida, fué cuando tuvo lugar una matanza a sangre fría, organizada por bandas patriotas que contaban con el apoyo del irigoyenismo; los mazorqueros, seguros de la impunidad, entraban en los domicilios que les parecían sospechosos, sobre todo de los rusos, y cometían toda suerte de desmanes con las mujeres, asesinando cobardemente a los hombres. El balance fué de cerca de un millar de muertos y de varios millares de heridos. ¿A quién si no al irigoyenismo hemos de atribuir la responsabilidad de aquellas matanzas?

El año 1921 fué también memorable, por la represión sanguinaria del movimiento obrero de la Patagonia, por los sucesos del 25 de mayo en Buenos Aires, por la huelga de La Forestal, en el Chaco, donde cayeron numerosos obreros muertos por las tropas de Irigoyen. Tampoco puede olvidarse la masacre de Gualaguaychú, el primero de mayo, y sucesos semejantes en todo el país. Baste decir que la intontona de bandas fascistas, que hasta ahora sólo perduran en las zonas portuarias, se hizo con la complacencia del irigoyenismo para tener así milicias listas para defender el Estado y los privilegios de los ricos contra las reivindicaciones proletarias.

Nos parece quedar muy por debajo de la verdad cuando decimos que el pasado período presidencial de Irigoyen ha costado a los trabajadores no menos de 2.000 muertos, si unimos los caídos en la semana de enero, a los de la Patagonia, a los de La Forestal, a los de Gualaguaychú, y a los caídos en los conflictos diarios entre el capital y el trabajo. No contamos los heridos, ni los presos (en ocasión de la semana trágica de enero de 1919 hubo en el país 55.000 detenciones), ni los deportados, que fueron numerosos hasta 1920.

Tratándose de un gobernante demagogo, o de un partido demagógico, el triste balance debiera haber significado una muerte política si el proletariado tuviera algo que ver con los destinos políticos. Pero el proletariado no juega más que un papel de instrumento secundario en la política de un país. De ahí que no haya valido de nada el recuerdo de las tragedias de 1916-22 en las pasadas elecciones, donde el irigoyenismo triunfó por una mayoría aplastadora. Quien pesa en la vida política son las finanzas, la alta industria y el alto comercio, y si el irigoyenismo no fuese un buen servidor de los intereses de los explotadores y de los especuladores, no hubiera vuelto al poder. Eso es seguro.

II. — EL PODER ECONOMICO

Si no siempre y en todas las circunstancias, por lo menos en los tiempos modernos el poder reside fundamentalmente en la esfera de la economía, no en el campo político. Los que mandan son los grandes industriales, los grandes comerciantes, los gran-

des financistas, no los delegados de estos al Estado político. Es una vieja constatación anarquista, y de ella parte la escisión entre socialistas legalitarios y socialistas libertarios; los primeros sostenían la utilidad de la conquista del poder político para operar luego la revolución social; los segundos han dicho siempre que el poder político no es más que una mentira sin el poder económico; ir al parlamento o a los ministerios en el régimen capitalista es consagrarse, consciente o inconscientemente al servicio de los privilegios de la sociedad presente. Importa poco que en esas instituciones se llame uno conservador, irigoyenista, socialista o comunista.

No nos resistimos a recordar el ejemplo del efímero gobierno socialista de Noruega a comienzos del año pasado. Las elecciones de enero de 1928 al parlamento hicieron del partido socialista noruego la mayor potencia parlamentaria del Storthings. En consecuencia fué llamado a formar gobierno, como antes lo había sido tantas veces Branting en Suecia, como había sido llamado Mc Donald en Inglaterra, etc. El ministerio socialista noruego no cayó en gracia a los grandes financieros del país, aunque hubieran debido prever que no habría de tocar ningún privilegio del mundo capitalista. Para derribarlo se hizo caer el valor de la moneda y exportar capitales. En pocos días, el partido más fuerte del parlamento reconoció que se habían llevado a cabo operaciones que amenazaban con una bancarrota nacional y entregó el poder. El ministro de trabajo del gobierno socialista gritó en el parlamento indignado: "El poder no está ya en esta sala, sino en los bancos embusteros, en la Bolsa, en aquellos que huyen con el capital, en los traidores de la patria" ... Indignación inocente, porque a pesar de toda la ciencia marxista, que atribuye tanto valor a los factores económicos, los diputados socialistas son los primeros en desconocer o en hacer que desconocer la supremacía del capitalismo en la vida política mientras tenga en sus manos el poder económico.

Para disputar el poder político a la burguesía hay que comenzar por socavar su poder económico, expropiando todas las riquezas en beneficio de la sociedad que las produce. Si no se llega a eso, ir al parlamento o a los ministerios, repetimos, es ofrecerse como lacayos de verdaderos amos de un país: los capitalistas de la banca, de la industria, del comercio, de la agricultura.

Y lo más notable en el ejemplo del efímero gobierno socialista de Noruega es que fué forzado a votar una ley contra las huelgas, lo que revela bien evidentemente la impotencia parlamentaria y gubernativa de los que quisieran obrar en ese terreno según interés que no son los de la burguesía dominante.

No se necesita ir tan lejos para encontrar ejemplos de esa naturaleza. La Bolsa cerealista de Rosario, en la provincia de Santa Fe, nos ha dado recientemente una prueba bien evidente.

Santa Fe es una zona económicamente dominada por los grandes cerealistas y los grandes latifundistas, que al mismo tiempo intervienen casi por lo general en política, de modo que a parte del poder económico tienen en sus manos o en las de sus amigos y sirvientes el poder político.

Por una reacción popular inesperada contra los atropellos del gobierno de la provincia, que quería asegurarse el triunfo de las elecciones a fuerza de machetazos y de sobornos y amenazas, se le escapó

el poder político de las manos. Es decir, los grandes barones de las finanzas, del latifundio y del comercio de cereales de la provincia de Santa Fe vieron de la noche a la mañana el gobierno provincial, que es también un buen negocio, porque permite a los tiburones financieros realizar brillantes operaciones, en poder de un núcleo casi puramente político, sin base comercial o financiera seria en la provincia.

¡Eso era intolerable! Y la acción obstruccionista de los vencidos en las elecciones, pero dueños económicamente de la provincia, comenzó. La prensa de todo el país inició una campaña unánime de alarma sobre el peligro porque atravesaba la provincia a causa de la subversión obrera y de la impotencia del gobierno para reprimirla. El griterío fué formidable; los grandes diarios alarmaron el país y el extranjero con noticias espeluznantes de la provincia de Santa Fe... y en Santa Fe no ocurría nada anormal. Llegaron las cosas hasta el punto que el gobierno de Irigoyen invade el territorio subversivo, aunque costase la sangre que costó la "pacificación" de la Patagonia. Pero en Santa Fe no ocurría nada extraordinario; las tropas no tenían sobre quien disparar. Además se produjo en una parte sana de la población un movimiento de repudio contra la invasión militar y de condenación de los provocadores de la Bolsa de comercio de Rosario y de otras instituciones análogas. Moralmente ganaron la partida los que se levantaron contra la obediencia de Irigoyen a los dictados de los financistas y comerciantes santafecinos. Pero el ejemplo está ahí para hacernos ver cómo un gobierno que no cuenta con el apoyo y el visto bueno de los económicamente poderosos, no puede sostenerse. Por una parte el gobierno de la provincia de Santa Fe, que todavía sigue en su puesto, ha tenido que hacer concesiones a sus adversarios, y por otro el gobierno de Irigoyen no hubiera vacilado en mancharse nuevamente de sangre para satisfacer las órdenes de los potentados de la provincia en cuestión. Sin la contra-alarma de los que vieron, desde diversos sectores, lo que se avecinaba, las campañas santafecinas hubieran sido teatro de las escenas que ensangrentaron la Patagonia en 1921.

Pero, como anarquistas, queremos reconocer francamente que, si en lugar de Irigoyen está en la presidencia de la república un Mario Bravo, habría tenido que proceder lo mismo o irse a paseo. Recordemos a aquél gran Pi y Margall que fué al poder creyendo realizar desde allí el sueño republicano de su vida; se trataba de un hombre moralmente superior; por eso, en lugar de hacer política y obrar contra su conciencia, renunció al poder. Pero no hubo más que un Pi y Margall...

¿Se preguntará que cómo es posible armonizar el obrerismo irigoyenista con su supeditación absoluta a los intereses de la burguesía? Estos son misterios de la mentalidad popular, resabios tal vez de los milenios de educación religiosa y de servidumbre. Pero un día tiene que llegar el desencanto para todos, menos para aquellos que son voluntariamente ciegos ante los hechos más palpables, porque en esa ceguera está el interés mezquino de su estómago.

III. — LA LEYENDA DE LOS BANDOLEROS DEL SUR

Como el caso reciente de Santa Fe tenemos en este país una página histórica inolvidable: la de la Patagonia, en 1920-21.

La preparación de aquella infamia tuvo las mismas fases que la formación de la leyenda contra

la provincia de Santa Fe, sólo que tuvo más intensidad, más constancia, y más éxito, debido a la lejanía y a la falta de noticias concretas en los primeros tiempos sobre la realidad. En efecto, Santa Fe está en el centro del país, con comunicaciones diarias y múltiples con Buenos Aires y con todas las provincias; las mentiras no podían tener larga vida. Después de todo cuanto haya podido hacer nuestra prensa en el sentido del restablecimiento de la verdad, el propio jefe de policía de Rosario ha hecho público un memorial interesante donde pone al desnudo las maniobras de la Bolsa de comercio y de la gran prensa para inventar una situación anormal a toda costa a fin de realizar sus planes. En el caso de la Patagonia hubo algunas voces que se levantaron contra las mixtificaciones puestas en circulación para provocar el envío de tropas nacionales contra los trabajadores; pero esas voces fueron fácilmente sofocadas. La gran distancia favoreció los designios macabros del capitalismo del sur.

Se tomó como bandera la guerra contra el bandolerismo. Todos los días, a partir de 1920, aparecían en los grandes diarios de Buenos Aires sendas columnas con el título sugestivo: "Los bandoleros del sur". Hubiera sido interesante una investigación de los hechos denunciados tomando como base las publicaciones periodísticas; jamás se llevó a cabo, y la burguesía entera se oponía furiosamente a una investigación de esa naturaleza porque el 90 por ciento de los hechos denunciados eran imaginarios, y el 10 por ciento restante eran desfiguraciones groseras. Pero como lo que se perseguía era el envío de tropas en abundancia para dar un escarmiento a los obreros que se resistían a la explotación inhumana a que se les sometía, la verdad o la falsedad de las informaciones importaba poco al capitalismo del sur.

Nosotros no sabíamos a ciencia cierta lo que pasaba; teníamos sospechas de la falsedad de las informaciones sobre los famosos bandoleros de la Patagonia, pero no queríamos suponer que se tratase de un simple movimiento obrero huelguista. Cuando llegamos a saber la verdad, era demasiado tarde; la expedición punitiva del teniente coronel Varela había realizado su obra sangrienta.

Aun nos parece estar viendo a Kurt Wilckens preocupado por la campaña de la gran prensa contra los bandoleros del sur. Su experiencia revolucionaria y su fina intuición le hicieron adivinar antes que a nosotros lo que pasaba. Y pocos días antes de que comenzasen a llegar a nuestro poder informes concretos, como el del fusilamiento de Santiago González Díez, a insinuación de Wilckens iniciamos en nuestra prensa la ofensiva, habiendo permanecido hasta entonces en un tono más bien escéptico.

Pero, ya lo hemos dicho, era demasiado tarde. Sin embargo, como la leyenda de los bandoleros del sur ha tenido tantas repercusiones, conviene que nos detengamos en esta narración.

IV. — LOS FEUDOS PATAGONICOS

En su oportunidad hemos sacado a relucir bastantes documentos sobre el régimen feudal del sur. No queremos hacer ahora más que resumir algunas de aquellos hechos a través del libro de José M. Borrero, *La Patagonia trágica* (un vol. de 306 págs. Buenos Aires, 1928), uno de los testigos presenciales de la vida obrera y comercial en el sur durante algunos años, y el cual, en su calidad de abogado, intervino en más de un asunto relativo a las arbitra-

riedades cometidas contra los trabajadores por los representantes y los defensores del feudalismo patagónico.

La grande y rica región de la Patagonia está en manos de unas cuantas familias, los Menéndez Behety, los Montes, los Braun y otros, descendientes de los exterminadores de indios y que suponen que, lo mismo que sus antepasados mataban los indios que les estorbaban, así pueden ellos, exterminar a los obreros que no les convienen. El peso de la tradición es grande, y no se explicarían las carnicerías proletarias de estos últimos años si no existiera el precedente de la caza al indio a libra esterlina por pieza, unas décadas atrás.

Es algo horroroso, pero no es este el momento de detenernos en esa historia de la entrada de la "civilización" en los territorios del sur. Por lo demás, hoy mismo, el viajero que recorra aquellos parajes, encontrará con frecuencia osamentas de todos los períodos, en donde se mezclan los restos de los indios cazados por los "civilizadores" con los de los obreros muertos en 1921 para "pacificar" la zona. Los caza-

en una investigación seria, que los acusados de criminales prefieren callarse, siempre que se les consienta dominar en sus feudos del sur. De los treinta millones de hectáreas que tiene el territorio de Santa Cruz, veinte millones están acaparados por los latifundistas, por unos cuantos extranjeros que prefieren poblar el territorio de ovejas a consentir que se pueble de hombres.

El doctor J. M. Borrero describe detalladamente la historia de una sucesión hereditaria, la de Donald Munro. Ella sola basta para caracterizar la psicología policial, judicial y periodística de la Patagonia y para pintar de cuerpo entero la catadura moral de los verdaderos bandoleros del sur. El ambiente de piratas y de aventureros que dominan la situación y se abren camino hacia la riqueza sin escrúpulo alguno, se trasluce magníficamente a través de ese relato.

Con los peones, nativos o extranjeros, no hay piedad que no se cometa por los latifundistas. He aquí un botón de muestra:

"Contrataban el jornal a razón de noventa o cien



Cazadores de indios onas y tehuelches en la Patagonia; los mismos procedimientos se pusieron en práctica por el teniente coronel Varela y los latifundistas para exterminar obreros

dores de obreros en 1921 se escudaban en el patriotismo y en la argentinidad (a pesar de ser extranjeros) y gracias a la influencia política, consiguieron que el ejército nacional, no citando ya a la policía, que no disfruta de ninguna independencia en los territorios y tiene por misión exclusiva obedecer a los grandes latifundistas, consiguieron que el ejército nacional, decimos, se cubriese de gloria en aquella matanza de trabajadores inermes e inofensivos.

Los crímenes han sido tan horrorosos que a pesar de haber insistido en nuestra prensa sobre ellos, a pesar de haber hecho circular sus relatos en folletos, a pesar de haberse reflejado en libros terriblemente acusadores, a ninguno de los denunciados como causantes de tantos estragos se le ha ocurrido protestar, pedir el procesamiento de cuantos señalamos las matanzas patagónicas. Son tantos los testigos, son tantas las pruebas dolorosas que podrían exhibirse

pesos mensuales, cantidad fabulosa para el recién llegado; se le internaba en las estancias y cuando al cabo de unos años trataban de arreglar sus cuentas, resultaba que, a pesar de haber trabajado en territorio argentino y creyendo que se les pagaba en moneda argentina, les liquidaban en moneda chilena, y como esta vale tres o cuatro veces menos que la nacional, salían cobrando el "fabuloso" salario de veinte, veinticinco, a lo sumo de treinta pesos argentino"...

Una de las fuertes empresas del sur es la "Compañía Swift", un poderoso frigorífico con establecimientos de San Julián y Río Gallegos. He aquí una muestra del contrato que hacía firmar en Buenos Aires a los obreros que llevaba para sus establecimientos de la Patagonia; dice bastante de la condición de los modernos esclavos:

"Entre Compañía Swift de La Plata, Río Gallegos,

San Julián (en lo sucesivo del presente documento denominada La Compañía), por intermedio de sus agentes en esta ciudad "Compañía Swift de La Plata" y Manuel Pérez (en lo sucesivo del presente documento denominado el contratante) por la otra se ha convenido lo siguiente:

"El contratante entra al servicio de la referida compañía en sus fábricas de Río Gallegos o San Julián en calidad de peón, por lo cual percibirá un sueldo de 0,65 centavos moneda nacional curso legal por hora, manutención a razón de cincuenta pesos por mes, por su cuenta, comprometiéndose a hacer todo el trabajo en cualquier capacidad que le fuere requerido.

"La Compañía anticipará al contratante el pasaje de ida de tercera clase desde Buenos Aires hasta Río Gallegos o San Julián, descontándose el valor de dicho pasaje del sueldo que perciba por el primer mes. La Compañía se compromete a pagar al contratante a razón de cuatro horas por día desde el día que sale de Buenos Aires hasta el día que empieza la matanza y desde el día en que termine la matanza hasta el día que llegue a Buenos Aires en viaje de regreso, exceptuando los domingos y feriados legales, como así mismo demoras por causas ajenas a la voluntad de la Compañía.

"Si el contratante permaneciese en el empleo hasta la terminación de los trabajos, o sea mientras que la Compañía necesitara de sus servicios en cualquier capacidad, le abonará el pasaje de ida y vuelta de Buenos Aires a Río Gallegos o San Julián.

"Si el contratante abandonara el empleo o fuera despedido por mal cumplimiento o ineptitud en el desempeño de sus deberes antes de concluir los trabajos, según el criterio exclusivo del gerente de la Compañía de Río Gallegos o San Julián, perderá el valor del mencionado pasaje, tanto de ida como de vuelta.

"En la calidad de garantía para el cumplimiento del contrato la Compañía descontará treinta pesos moneda nacional mensuales y dicha suma será abonada al contratante a la terminación del contrato, pero si el contratante no cumpliera estrictamente con las obligaciones aquí estipuladas o si contribuyera de cualquier manera que fuera, ya sea directa o indirectamente a disturbios u obstaculizaciones del trabajo, perderá la cantidad así retenida.

"El contratante se compromete a trabajar por el sueldo arriba fijado todas las horas durante el día que le sean requeridas por la Compañía. Así mismo, en el caso que sea requerido cumplimentar trabajo durante medio día de los domingos tendrá que hacerlo. La Compañía se compromete a dar al contratante ocho horas de trabajo como mínimo por día, desde la fecha en que empezó la faena hasta que termine.

"Si el vapor, que lleva el personal a Río Gallegos o San Julián, no saliese o se demorase por causas ajenas a la Compañía, como huelgas, incendios y causas de fuerza mayor, el contrato quedará en suspenso o anulado, a juicio de la Compañía.

"Cualquier reclamo que se suscite contra la Compañía hasta que el contratante deje su fábrica en viaje de vuelta a Buenos Aires, deberá ser presentado para su liquidación al superintendente de la Compañía en Río Gallegos; de lo contrario el reclamo no recibirá atención alguna..."

Leyendo atentamente ese ejemplar de contrato se sabe todo lo que es necesario saber, por deducciones lógicas, de la situación de los parias del frigorífico Swift.

Pero si aun quedase duda, se podrían citar boletas de cobro de los obreros, donde en un mes figuran 332 y hasta 385 horas por mes, es decir de 10 a 15 horas diarias de trabajo, incluso los domingos, sacando el pobre paria al fin de esa actividad extenuante de veintiocho a treinta pesos líquidos. De esas boletas hemos publicado algunas en nuestro diario hace siete u ocho años; el doctor Borrero nos da un par de ejemplos en su libro (págs. 287-296).

Elocuente para la descripción de la situación del obrero patagónico es el siguiente pliego de condiciones presentado a los latifundistas por la Sociedad Obrera de Oficios Varios de Río Gallegos a fines de 1920:

"1.º—Los estancieros se obligan a mejorar a la mayor brevedad posible dentro de términos prudenciales, que las circunstancias locales y regionales impongan, las condiciones de comodidad e higiene de sus trabajadores, consistentes en lo que sigue: a) en cada pieza de cuatro metros por cuatro no dormirán más que tres hombres, debiendo hacerlo en camas o catres con colchón, aboliendo los camarotes. Las piezas serán bien ventiladas y desinfectadas cada ocho días. En cada pieza habrá un lavatorio y agua abundante, donde se puedan higienizar los trabajadores después de la tarea. b) la luz será por cuenta del patrón, debiendo entregarse a cada trabajador un paquete de velas mensualmente. En cada sala de reunión debe haber una estufa, una lámpara y bancos por cuenta del patrón. c) el sábado a la tarde será única y exclusivamente para lavarse la ropa los peones, y en caso de excepción será otro día de la semana. d) la comida se compondrá de tres platos cada una contando la sopa, postre, y té, café o mate. e) el colchón y cama serán por cuenta del patrón y la ropa por cuenta del obrero. f) en caso de fuerte ventarrón o lluvia no se trabajará a la intemperie, exceptuando casos de urgencia reconocida por ambas partes. g) cada puesto o estancia debe tener un botiquín de auxilio con instrucciones en castellano. h) el patrón queda obligado a devolver al punto de donde lo trajo al trabajador que despidió o que no necesite.

"2.º—Los estancieros se obligan a pagar a sus obreros un sueldo mínimo de cien pesos moneda nacional y comida no rebajando ninguno de los sueldos que en la actualidad excedan de esa suma y dejando a su libre arbitrio el aumento en la proporción que consideren conveniente y siempre en relación a la capacidad y méritos del trabajador. Así mismo se obligan a poner un ayudante al cocinero que tenga que trabajar para un número de personas comprendido entre diez y veinte, dos ayudantes entre veinte y cuarenta, y además un panadero si excedieran de ese número. Los peones mensuales que tengan que conducir un arreo fuera del establecimiento cobrarán sobre el sueldo mensual doce pesos por día con caballos de la estancia, y los arreadores no mensuales cobrarán veinte pesos por día utilizando caballos propios. Los campañistas mensuales cobrarán veinte pesos por cada potrero de amanse y los no mensuales treinta.

"3.º—Los estancieros se obligan a poner en cada puesto un ovejero o más, según la importancia de aquél, estableciendo una inspección bisemanal para que atienda a las necesidades del o de los ocupantes, prefiriéndose en lo sucesivo para dichos cargos a los que tengan familia, a los cuales se les darán ciertas ventajas en relación al número de hijos, creyendo en esa forma fomentar el aumento de población y el engrandecimiento del país.

"4.º—Los estancieros se obligan a reconocer y de hecho reconocen a la Sociedad Obrera de Río Gallegos como única entidad representativa de los obreros, y aceptan la designación en cada una de sus estancias de un delegado que servirá de intermediario en las relaciones de patrones con la Sociedad Obrera y que estará autorizado para resolver con carácter provisorio las cuestiones de urgencia, que afecten tanto a los derechos y deberes del obrero como del patrón..."

Es un pliego que rezuma todavía un cierto formulismo que no es habitual en las organizaciones obreras de lucha, pero revela que para solicitar esas mejoras, la situación real tenía que ser en extremo penosa.

V. — EL MOVIMIENTO OBRERO EN LA PATAGONIA

La explotación inhumana en los frigoríficos y en las estancias, por una parte, y por otra el reflejo animador de la revolución rusa de 1917, hicieron a los trabajadores del sur propicios para la idea de organización y de lucha mancomunada en favor de mejores condiciones de trabajo. El centro de la organización y de la propaganda fué Río Gallegos, donde se fundó una Sociedad Obrera de Oficios Varios, la misma que se hizo famosa en ocasión de los movimientos de 1920 y 1921.

Había por el sur algunos simpatizantes de la revolución, había también compañeros nuestros, pero la organización obrera que levantaron fué fruto espontáneo de las necesidades de defensa del proletariado. No se afiló a ninguna ideología y como ante todo era organización de lucha, aunque sus declaraciones no siempre respondan a sus propios instintos, ni a las tácticas consagradas del gremialismo revolucionario. Sin embargo se ha hecho simpática esa Sociedad Obrera y ha conquistado en la historia del proletariado un puesto honroso, a pesar de sus pocos años de vida.

A su amparo tuvieron movimientos triunfales los obreros de playa contra las compañías de navegación, los mozos, cocineros y otros gremios. Eso sentó su prestigio. En la primera oportunidad se compró una imprenta, se instaló una escuela, se publicó un periódico, "1.º de Mayo", se enviaron delegados al campo y se sembró sistemáticamente literatura obrera por todo el territorio de Santa Cruz.

Su secretario fué Antonio Soto. De las contingencias de la lucha proletaria en aquél territorio, nos dá una idea este relato, de una escena que ha debido ocurrir a fines de 1918 (tomado del folleto de Amador V. González, "El espíritu obrero en la Patagonia, Río Gallegos, 1921):

"A objeto de tomar un acuerdo sobre la deportación de un expulsado de Punta Arenas (Chile) de apellido Puente, que no cometiera delito alguno en este territorio, se llamó a una asamblea de la Sociedad Obrera de Río Gallegos.

"La noche anterior elementos extraños a dicha institución repartieron profusamente unos manifiestos cuya procedencia se desconocía, y en los cuales se aconsejaba la expropiación.

"Noticias oficiales recibidas esos días comunicaban que en Puerto Natales (Chile) los obreros se alzaron en armas asaltando y venciendo al destacamento de carabineros de ese pueblo.

"El día anterior había llegado a nuestro puerto un transporte de la armada portando a su bordo a

Simón Radowitzky, evadido del penal de Ushuaia, y a su acompañante Apollinario Barrera.

"Las autoridades policiales, en previsión de imaginarios atentados terroristas, rodearon la manzana en que se hallaba ubicada la secretaría obrera, y en el momento que la asamblea se hallaba sesionando hizo irrupción a su interior el jefe de policía y secundado por un piquete de guardia cárceles armados a maúser, desalojó a culatazos el local, deteniendo a todos los obreros sindicados como elementos perturbadores del orden social.

Inmediatamente se les pasó a la cárcel procesados por un pretendido complot maximalista.

"Se clausuró el local de la Sociedad Obrera. Se allanaron domicilios particulares. Se organizó la guardia blanca. Se detuvo a numerosos infelices. Se habló de una posible invasión de bolcheviques. Se organizó una expedición para combatir a los nihilistas. Salíó está a Puerto Natales. Volvió. Se alarmó sin fundamentos ni motivos un par de semanas a la población, y uno de los múltiples casos que en esos días de pavora policial se presenciaron, fué el que se deja relatado.

"Tan ridícula parodia, tal derroche y aparatosidad de fuerzas exigía una causa. Y los obreros encarcelados gimieron entre rejas hasta que a la llegada de un nuevo juez letrado recobraron su libertad.

"Y pese al enorme farrago de cuartillas emborrnadas para dar vida a una conjuración maximalista que se hiciera carne en la impresionista imaginación de las autoridades, nada, absolutamente nada anormal había sucedido en Río Gallegos para que se mandara varios meses a la cárcel a un grupo de obreros sin más delito que ser pobres.

"Y los apaleados, y los presos, y los vejados y todos los que sufrieron las consecuencias de ese excesivo celo policial, agregaron mucho rencor a su desconformidad de clase, ante la injusticia, y ante la sangrienta crueldad de que se les hiciera víctima" (pág. 8-9).

Después de algunos meses de clausura, al recuperar ese grupo de obreros la libertad, fué abierto el local de la Sociedad Obrera y continuó su obra de propaganda, de cohesión proletaria y de lucha por un poco más de respeto a la dignidad humana. Los sucesos de Buenos Aires, sobre todo la semana trágica de enero de 1919, y las noticias alentadoras de varios países de Europa, contribuyeron a despertar en las masas proletarias del sur un ansia de reivindicaciones y de justicia.

Una Sociedad obrera de resistencia en los feudos patagónicos era intolerable para los amos de aquellos territorios. Era preciso obstaculizar su vida y extirpar de raíz su existencia. De ahí que no se dejara pasar ninguna oportunidad de trabar su desenvolvimiento y de provocarla.

Para el primero de octubre de 1920 había proyectado la Sociedad Obrera de Río Gallegos un mitin y manifestación a fin de recordar la vida y la obra de Francisco Ferrer. Con la debida anticipación se solicitó el permiso correspondiente a la policía. El permiso fué negado el 28 de septiembre, sin dar explicación alguna, y cuando ya todos los preparativos estaban hechos.

La Sociedad Obrera recogió el guante de esa provocación y declaró una huelga general de protesta por 48 horas a partir del 30 de septiembre.

Tomamos del folleto citado de Amador V. González la descripción de ese movimiento:

"El día 30 de septiembre amaneció la ciudad en estado de sitio. A pesar de no haber motivos para

adoptar tales medidas ni haberse decretado la ley marcial, no se permitía el estacionamiento de peatones en las calles ni puertas, un derroche de fuerza armada hacia gala de sus mañers por la población, y algunos autos cargados de guardia-cárceles armados de carabinas ponían la alarma en los pacíficos espíritus del vecindario corriente de norte a sur como si de un sitio de guerra se tratase.

"Y mientras tanto la huelga, una huelga serena, sensata y pacífica, se desarrollaba con gran simpatía por parte de todas las personas que no habían visto en la conmemoración pro Francisco Ferrer, otra cosa que la verdad del sentimiento general, es decir, rendir el tributo homenaje a ese infatigable luchador de la instrucción del pueblo español, caído en Montjuich víctima de la clericanalla y de la debilidad de un monarca sin voluntad.

"Siendo aproximadamente las once horas del día el jefe de policía detuvo al secretario de la Sociedad obrera.

"Puesto en libertad el detenido, el estado de sitio continuó por parte de la autoridad y la huelga unida y pacífica por parte del pueblo.

"El día 1 se colocaron centinelas armados en el

autorización a la Sociedad obrera para realizar los actos que tenía proyectados. Con esa satisfacción se dió por terminada la huelga el 3 de octubre.

VI. — COMO NACIO LA GRAN HUELGA DE 1920-21

La gran huelga patagónica de fines de 1920 y casi todo el año 1921 nació indirectamente de la frustrada conmemoración del fusilamiento de Francisco Ferrer.

He aquí cómo:

Para contrarrestar el ascendiente de la Sociedad obrera se formó una Liga del comercio e industria de Río Gallegos, una asociación eminentemente fascista de los grandes comerciantes y latifundistas locales. El primer acto de esa Liga fué boicotear a un periódico, *La Gaceta del Sud*, que había aplaudido la actitud de los trabajadores en la huelga de protesta contra la policía.

La Sociedad obrera, por su parte, acordó boicotear a tres comerciantes de la Liga, habiendo llegado a esa medida como acto de represalia por el boicot de ésta contra el periódico nombrado.



Un grupo de ovejeros de Santa Cruz

local de la Sociedad obrera y a medida que cualquier transeunte quería pasar por la calle en que la Sociedad está situada, se le obligaba a hacer alto y cambiar de dirección ¿Por qué motivo? ¿Con qué derecho? ¿Respondiendo a qué razón?

"Se clausuró la secretaría de la Sociedad obrera, el domicilio particular del secretario y del tesorero; ¿en virtud de qué ley?

"La Sociedad obrera dispuso como medida previa la suspensión de los actos a realizar y dió a la huelga general carácter de permanente hasta tanto las autoridades competentes no reconocieran el error en que incurrió la jefatura de policía al oponerse con medidas extremas a una conmemoración pacífica y de orden." (pág. 18)...

El juez letrado revocó el decreto policial y dió

Al día siguiente el comisario local citó a los obreros que se encontraban en la sede de la Sociedad obrera para que concurriesen a la comisaría; habiendo intervenido un abogado y sabido que el propósito de la policía era poner en contacto a los obreros con la Liga de comercio e industrias, se hizo saber que no era la comisaría lugar apropiado para esas entrevistas.

En respuesta, el comisario de maras hizo poner guardia en el local de la Sociedad obrera para impedir que nadie saliese de allí. Luego el jefe de policía, acompañado de numerosos guardia-cárceles, acudió al local, lo hizo desalojar brutalmente, haciendo que los obreros formaran fila en la calle, registrándoseles y llevándoles a la comisaría bajo escolta con bayoneta calada.

Los presos fueron luego internados en la cárcel local y puestos a disposición del gobernador interino para su deportación.

La Sociedad obrera recogió otra vez el guante de la provocación y declaró la huelga general hasta que los presos recobrasen la libertad. El paro fué completo. Se despacharon emisarios a la campaña, con el siguiente manifiesto:

"Compañeros trabajadores del campo. Salud.

"La policía de ésta ha detenido a un grupo de obreros a quienes se niega a poner en libertad a pesar de haberlo ordenado el señor juez letrado, doctor Ismael P. Viñas.

"Tal arbitrariedad nos ha obligado a decretar y continuar el paro general, por cuya razón os invitamos a dejar el trabajo y a venir a esta capital como acto de solidaridad, y hasta que nuestros compañeros recobren la libertad.

Os saluda,

La Comisión"

Ese manifiesto está fechado el 21 de octubre.

De los primeros días de la huelga dice Amador V. González: "Durante los días de huelga la actitud asumida por los huelguistas no pudo ser más correcta y culta, dando con ese motivo una alta nota de ejemplo de civismo y de tolerancia, al soportar con una paciencia rayana en sacrificio los vejámenes, insultos, provocaciones y golpes con que la autoridad policial pretendía derramar sangre para así dar margen a cumplir los premeditados designios de quienes, traicionando las investiduras de sus cargos, querían vengar odios personales sin caer bajo la sanción penal.

"No fué lo mismo el procedimiento observado por la autoridad policial, quien se encargó por todos los medios posibles de provocar un choque sangriento a fin de evidenciar la necesidad de adoptar las medidas de rigor con que procedió durante dos semanas.

"Se allanó el Hotel Castilla sin motivos para ello, la imprenta de don Diego León Meneses, donde se estaba imprimiendo "El antártico".

"Se detuvo a conocidos comerciantes inofensivos y cuya actuación durante largos años en esta localidad era una gran garantía de sí mismos.

"Se apaleó a comerciantes establecidos en esta plaza.

"Se apeló a los procedimientos más ruines, más denigrantes para lograr la irritación general con el fin de aseverar tanta barbarie.

"Se amenazó con destierros a granel". (pág. 15). Otro manifiesto, del 23 de octubre, dice:

"A los obreros:

"Compañeros: nuestro triunfo se avecina a pasos agigantados. Ya han sido puestos en libertad quince de los compañeros presos. Quedan aun doce, de ellos ocho son los que el señor gobernador interino y secretario de la Sociedad rural, alzándose contra las leyes, se niega a poner en libertad, desobediendo hasta las órdenes terminantes e imperativas del poder ejecutivo nacional, pero ya llegará su hora y la justicia triunfará por sobre el capricho.

La huelga continúa lo mismo que el boicot, ni una ni otro cesarán mientras no estén en libertad todos nuestros compañeros. No hagáis caso de las mentiras que hacen circular muchos enemigos, porque ellos no reparan en medios para obtener lo que no pueden conseguir por las vías legales que violan abiertamente.

"La marcha de la huelga os la daremos a conocer

por medios adecuados, y las noticias que os comunicamos, buenas o malas, serán la expresión fiel de la verdad. Estamos dispuestos a obrar así porque tenemos conciencia de la responsabilidad que hemos contraído.

"Se pretende hacer de nuestra justa actitud una cuestión de nacionalidades.

"Compañeros, rechacen semejante absurdo, porque los obreros no ven un enemigo en aquél que no sea un connacional, sino una víctima del capital que todo lo corrompe y avasalla. Los hombres, sean donde sean nacidos, somos todos iguales y por eso no puede haber entre nosotros diferencias de nacionalidades.

"Adelante, pues, hasta conseguir nuestro justiciero triunfo. Permanezcamos unidos que esto nos hará vencer las dificultades que nuestros enemigos nos crean.

"Prosigamos como hasta aquí, siempre dentro de la legalidad. Respetemos a las personas que invisten autoridad, sean quienes sean. Ya llegará el día de exigir responsabilidades.

"La comisión de huelga".

La última recomendación es la que ha primado en casi todo el desenvolvimiento de la huelga. Si entre aquellos obreros hubiese habido claridad de ideas, más experiencia gremial y de lucha, no hubieran tenido que reír los feudales del sur ni las tropas del ejército hubieran podido llevar a cabo tan impunemente la espantosa masacre. Transcribamos esos documentos para que se vea en cuerpo y alma a aquellos obreros pintados por la prensa mercenaria del revolucionarismo más rojo, cuando en realidad no hacían más que defender sus derechos a la vida y a la dignidad, respetuosos de la ley. Por eso el crimen de la Patagonia es doblemente criminal aun desde el punto de vista del capitalismo.

Es admirable la solidaridad instintiva de aquellos proletarios no avezados a las luchas contra el capitalismo; pero no tenían de su parte más que esa solidaridad; les faltó la idea de una ofensiva general que hubiera podido, en aquellas condiciones, ser una chispa de incalculables alcances.

El 30 de octubre se distribuyó por la comisión de huelga de la Sociedad obrera el siguiente manifiesto:

"A los obreros y al público en general:
"Ayer han sido libertados los ocho obreros detenidos arbitrariamente en la cárcel por el capricho del señor gobernador interino y secretario de la Sociedad rural.

"Quedan presos todavía los compañeros Francisco Muñoz y José Traba, ambos alevosamente apaleados y heridos por la policía el día 23 del corriente, y desde esa fecha, hasta ayer que fueron pasados a la cárcel, han permanecido encerrados en inmundos calabozos con el fin de ocultar sus verdugos el brutal e incalificable atropello.

"Pues bien, mientras estos compañeros continúen detenidos, la huelga seguirá sin desmayos ni vacilaciones. Por tanto, compañeros, os rogamos que procuremos hacer cesar las faenas del campo haciendo llegar estas resoluciones hasta las estancias.

"El triunfo es nuestro, porque a nosotros nos acompaña la razón, fuerza que se impone pese a quien pese.

"Nuestros enemigos caerán por el solo peso de sus crímenes como cae la fruta podrida del árbol que la crió y sustentó.

"Prosigamos como hasta aquí respetando a todo

el mundo, chicos y grandes, y particularmente a las personas que se hallan revestidas de autoridad.

"La hora de exigir responsabilidades se acerca y cuando ella suene sabremos cumplir con nuestro deber.

La comisión directiva".

He ahí el mismo sonsonete, la recomendación a la tranquilidad, a la legalidad. Y eso fué justamente lo que los perdió, porque como el designio de exterminar todo conato de organización obrera era evidente, el enemigo aprovechó precisamente esa actitud ordenada y pacífica de los trabajadores para hacerse fuerte y triunfar al fin.

Respondiendo al llamado de la Sociedad obrera de Río Gallegos, numerosos obreros de las estancias llegaron al pueblo como acto de solidaridad, haciendo abandono del trabajo. Aprovechando esa oportunidad se elaboró un pliego de condiciones, el que ya hemos transcrito más arriba, y fué presentado a los latifundistas. Todos, de común acuerdo ya, se rehusaron terminantemente a aceptarlo. Entonces no quedaba más remedio que hacer frente a la situación y declarar el paro general del campo. Para atender a los más necesitados, se instaló una olla popular en Río Gallegos, activando la propaganda en los feudos del interior.

He aquí fragmentos de un manifiesto "al mundo civilizado", del mes de noviembre de 1920:

"El paro general del campo ha sido decretado, este será total, absoluto: desde la fecha no se realizará ninguna de las faenas, incluyendo las de acarreo y transporte relacionadas con los trabajos de explotación de la ganadería, única fuente de recursos en el territorio; ignórase todavía cuáles puedan ser las consecuencias de este paro y las proporciones que pueda alcanzar, mas si se tiene en cuenta que los trabajadores del pueblo están firmemente dispuestos a secundar con todas sus energías la actitud de sus compañeros del campo, solidarizándose con ellos en justa reciprocidad y apoyándolos en sus más que justas y legítimas aspiraciones; por ello y en previsión de ulteriores acontecimientos, así como de futuras eventualidades, la Sociedad obrera de Río Gallegos quiere descargar a sus componentes de toda responsabilidad, haciendo recaer esta sobre los estancieros de la zona sur del río Santa Cruz, quienes, con excepción honrosa de los señores Clarn Hermanos y Benjamín Gómez, están demostrando la más supina ignorancia o la maldad más refinada junto con la absoluta carencia de sentimientos de humanidad y altruismo y de ideas de justicia y equidad al pretender seguir tratando a sus obreros asalariados en la forma brutal que hasta hoy lo hicieron, confundiendo con los hombres de la gleba y de la esclavitud, y convirtiéndolos en nuevo producto de mercados renuentes, en los que la cofización del hombre no alcanza para sus explotadores a la cotización del burro, del carnero y del caballo, ya que hoy por hoy los estancieros consideran que un hombre se sustituye por otro sin costo alguno, y en cambio cualquiera de los irracionales mencionados se sustituye por otro que cuesta una suma determinada a pagar, lo cual es para ellos más doloroso que sentir la pérdida de un semejante o acompañar a una familia en su desgracia.

"Es vergonzoso tener que hacer tales manifestaciones en pleno siglo XX, pero como ellas son verdades al alcance de cualquiera que visite las estancias del territorio, aun las más próximas al pueblo de Río Gallegos, es de todo punto necesario hacerlas como las hacemos para todo el que se considere hombre

civilizado, dejando que el oprobio y la vergüenza de ellas caigan sobre sus causante"...

Así hablaban los "bandoleros del sur" en defensa de sus derechos contra el despotismo y la avaricia patronales.

VII. — LA HUELGA. — ATROPELLOS POLICIALES. — COMPLICIDAD DE LA PRENSA GRANDE

La huelga de las campañas patagónicas fué un exponente hermoso de solidaridad. Por todas partes se hacía abandono del trabajo y se reconocía a la Sociedad obrera de Río Gallegos como el centro natural de gravitación de todo el proletariado militante del sur. En las luchas del proletariado industrial raramente se tropieza con un espíritu tan solidario y tan abnegado como el que demostraron aquellos trabajadores, rebeldes e independientes por naturaleza, pero no azeados a conflictos colectivos con el patronato.

La policía, mientras tanto, no quedaba inactiva. Hostilizaba de todas las maneras a los obreros, los insultaba, los apaleaba y pretendía hacerles volver al trabajo mediante amenazas y sablazos. Pero el movimiento era firme, y los procedimientos de la policía lo que hacían era exacerbar el conflicto.

De un periódico de Río Gallegos, *La Verdad*, del 8 de enero de 1921, reproducimos estos botones de nuestra:

"...Tenemos a la vista una correspondencia a cuyo pie hay varias firmas auténticas y respetables... La lectura de esa correspondencia, que no publicamos íntegra por su extensión, crispa los nervios de toda persona decente y excita la indignación de quien sepa lo que es dignidad y lo que significa de coro. En ella se nos da cuenta de cómo el 17 de diciembre (1920), siendo las siete y media de la mañana, y alojándose siete obreros en un puesto del campo fueron sorprendidos por el citado jefe (de policía), a quien acompañaban nueve agentes, y a quienes servían de guía dos estancieros vecinos, cuyos nombres reservamos por el momento.

"Entre interjecciones soeces, palabras mortificantes e insultos groseros, que no respetaban madre ni patria, intercalando los palos y garrotazos, que parecen ser la prolongación de la policía de este territorio, se hizo salir fuera del puesto a los siete obreros, algunos de ellos medio desnudos por encontrarse durmiendo y en pleno campo se les robó..." (todo lo que llevaban consigo, ropa, dinero, etc.)... "Inmediatamente después se les hizo buscar los caballos y con amenazas de muerte los despidieron exigiéndoles que se marcharan a Chile o a sus respectivos países"...

Otro hecho policial fué la detención del delegado de la Sociedad obrera de Río Gallegos, Manuel Rivas, enviado al Lago Argentino en misión de propaganda, siendo brutalmente maltratado y torturado.

En el Lago Argentino había un empleado policial llamado por apodo "el malo", que se encarnizó en los apaleamientos e insultos y robos a los trabajadores, sin exceptuar a las mujeres y a los niños. De tal modo se había convertido en el terror de los huelguistas que estos decidieron abandonar la zona del Lago Argentino y dirigirse hacia Río Gallegos en busca de sus compañeros de movimiento, so pena de declararse vencidos y volver al trabajo. En el trayecto, al llegar al paraje denominado "El Cerrito" la policía que les venía siguiendo desde Lago Argen-

tino y la que salió al encuentro desde Río Gallegos, tomaron a la caravana de huelguistas entre dos fuegos. ¿Qué hacer? Tuvieron que defenderse. En el tiroteo que siguió hubo muertos de ambas partes y heridos. La prensa burguesa elevó ese choque en que la policía hizo de provocadora a la categoría de una batalla formal entre bandoleros que sembraban el terror en la Patagonia, y las fuerzas policiales.

Tanto ruido se hizo en torno a ese y otros hechos de esa naturaleza, de que los obreros no tenían culpa alguna, siendo los provocados a muerte por los mercenarios del capital, que la Sociedad obrera de Río Gallegos salió al palenque con este manifiesto, que el periodismo venal no se dignó tomar en consideración:

"Por los fueros de la prensa. Al pueblo vilipendiado y a los hombres de sano criterio y amantes de la verdad.

"¡Salud!

"No obstante nuestra declaración de principios, un semanario editado en esta localidad, aparece endilgándonos unos epígrafes indignos de ser refutados. Achaca a la S. O. la situación actual; calumnia, ultraja y pretende acallar la voz de los trabajadores, sin mirar el pasado y el presente.

"¿No han visto los señores redactores nuestra actitud pacífica y tranquila?

"Creemos que sí, más aún, lo aseguramos. En prueba de ello releen los manifiestos dados a la publicidad para así quedar más convencidos.

"Pero como se trata de infundir alarma y llevar el pánico a los pobladores, es por ello que cometen un craso error.

"No obstante las manifestaciones expuestas, llamamos nuevamente la atención a los hombres públicos del país para que, hiriendo con la saeta envenenada a los que investidos de autoridad atropellan a los trabajadores, procedan al castigo de los gobernantes del territorio, únicos culpables de los luctuosos sucesos ocurridos.

"Los trabajadores, limpios de sentimiento y palabra, han dado prueba de tener patria potestad: Mirad esas madres postradas que, con el corazón sangrando, imploran de la justicia divina y soberana, el cese de lo que se puede evitar con tiempo; oíd de una vez por todas que los trabajadores de esta zona árida, poseídos de capacidad moral y cultura, hemos dado pruebas inequívocas de ser amantes de la tranquilidad y bienestar generales.

"Por estas razones, llevando por emblema la verdad y la razón, despreciamos la prensa que engendra odios y lleve la alarma al hogar donde se sufre lo indecible.

"Entretanto, trabajadores de la ciudad y el campo, obreros intelectuales y materiales, como medida de previsión, serenidad y mucho amor a la causa.

"Salud, unión y armonía".

Los hechos de "El Cerrito" hicieron que los trabajadores, en quienes desgraciadamente, no había desaparecido del todo la confianza en las autoridades y en la justicia estatal, se prepararan más a la defensa de su vida. He aquí unos párrafos del folleto citado de Amador V. González:

"Exasperados los ánimos de los obreros por la intransigencia patronal, exacerbados por el nepotismo policial e irritados justamente ante la prolongación de ese paro, prolongación debida solamente al capricho de los altivos hacendados, se produjeron en los establecimientos reacios algunos actos de sabotaje que consistieron en destruir los alambrados, arrear caballadas, dispersar los pifos de animales e incen-

diar algunos puestos y galpones, hechos estos que alarmaron en forma tal a los estancieros que no vacilaron en procurar una pronta solución al conflicto creado y sostenido sólo por la egoísta actitud de los fuertes estancieros que ante el carácter pasivo del movimiento pretendieron vencerlo por el hambre.

"Es indudable que estos hechos no pudieron individualizarse y sólo a los intransigentes patronos se les debiera culpar de que se tuviesen que emplear esos medios de violencia para demostrar que el pueblo del trabajo también tiene el derecho de ser respetado y atendido en sus reclamaciones de clase.

"Inmediatamente los huelguistas se organizaron en legión para oponer su fuerza a la del capital. Se armaron y apoderándose de los empleados policiales que antes los habían ultrajado, los retuvieron como rehenes hasta la solución del conflicto"...

Los que recuerdan la campaña periodística de 1920 1921, recordarán cómo ha sido interpretada y explotada la legítima defensa de los trabajadores del sur. Nunca ha sido mayormente calumniada una huelga, nunca se hizo en tal grado tanto ruido en todo el país para forzar el envío de tropas nacionales y justificar un escarmiento sin nombre.

Entre los principales cómplices de la gran masacre patagónica, la prensa mercenaria ocupa el primer lugar.

VIII. — LA PRIMERA EXPEDICION DEL TENIENTE CORONEL VARELA

El teniente coronel Varela hizo dos expediciones a la Patagonia con fuerzas nacionales. La primera vez desembarcó a mediados de enero de 1921, con fuerzas de marinería y de caballería.

Si se quiere una muestra de la ingenuidad de los trabajadores, he aquí cómo fueron recibidas la primera vez las tropas nacionales. El 16 de enero de 1921 la Sociedad obrera de Río Gallegos publicó el siguiente manifiesto:

"Al pueblo y a los trabajadores.

"Salud.

"La llegada de fuerzas del ejército y de la armada nacional nos devuelve la tranquilidad y las garantías que los atropellos de la policía nos habían quitado.

"Hoy estamos seguros de que nuestros derechos de ciudadanos han de ser respetados con la presencia de estas fuerzas, y por consiguiente hemos de mantener el paro decretado con más energía que hasta la fecha.

"No importa que algunos patronos, confiados equivocadamente en que el ejército nacional se ha de poner incondicionalmente al servicio del capitalismo hayan resuelto, coincidiendo con la llegada de éste, despedir a sus empleados y obreros, estos patronos sufren un gran error, porque la presencia de los elementos militares que hacen un culto del honor y de la verdad, será el mejor contralor de la conciencia y la educación de los obreros de Río Gallegos y del respeto que siempre han guardado a la constitución y a las leyes.

"Nuestra actitud es hoy más firme y enérgica que nunca y se afianza nuestro espíritu de solidaridad al considerar la contradicción que aparece en la conducta del Sr. Edelmiro A. Correa Falcón, prohibiendo por una parte como gobernador interino las reuniones públicas y el tránsito por las calles después de las nueve de la tarde y convocando por otra como secretario gerente de la Sociedad rural por medio de

publicaciones hechas en los periódicos a una reunión de estancieros de todo el territorio, que para mayor sarcasmo se verificará hoy mismo, mientras que a los obreros les prohíbe desde hace tres meses celebrar una sola asamblea general.

"Creemos que este solo hecho revela más que ningún otro sobre quien tiene la culpa de cuanto sucede y sobre la justicia de nuestra causa y de nuestras pretensiones.

"Recomendamos al público que tome nota de estos hechos y a nuestros compañeros que cada vez tengamos más unión y más confianza en nuestro triunfo definitivo."

Es un manifiesto ingenuo. Algunos aventureros de la política inspiraban esa actitud sumisa ante el poder nacional. Y esa confianza fué funesta, como se verá. Las tropas no justificaron la acogida que les dispensara la Sociedad obrera de Río Gallegos; cometieron atropellos tras atropellos y en realidad hicieron lo que había hecho hasta aquí la policía del territorio. Pero el nombramiento del nuevo gobernador, capitán Iza, por una parte, y la solidaridad completa de los trabajadores, por otra, crearon una situación favorable al éxito de la huelga. El nuevo gobernador, de común acuerdo con el teniente coronel Varela, trabajó en favor de una terminación del conflicto. Los capitalistas aceptaron el pliego de condiciones y en enero mismo se dió por terminado el paro. A pesar de los abusos de las tropas, la intervención del teniente coronel Varela no dejó una impresión de repudio esta vez entre los trabajadores. Pero tuvo de funesto lo que tiene siempre el desvío de la táctica consagrada de la acción directa: que ninguna conquista obtenida así llega a consolidarse.

EDITORIAL "LA PROTESTA"

NUEVAS EDICIONES

- Eliseo Reclus: LA ANARQUIA Y LA IGLESIA 0.10**
- Angelmo Lorenzo: EL DERECHO A LA EVOLUCION 0.10**
- Juan Crusao: CARTA GAUCHA, séptima edición 0.10**
- P. Kropotkin: A LOS JOVENES**
- L. Fabbri: ¿QUE ES LA ANARQUIA? 0.10**
- D. A. de Santillán: LA JORNADA DE SEIS HORAS, tercera edición 0.10**
- Ana María Mozzoni: A LAS HIJAS DEL PUEBLO 0.10**
- Eliseo Reclus: A MI HERMANO EL CAMPESINO 0.10**

De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.

IX. — EL TENIENTE CORONEL VARELA Y SU SEGUNDA EXPEDICION

Apenas se habían retirado las tropas nacionales, los estancieros del sur volvieron a la carga, con provocaciones y campañas periodísticas, desconociendo el pliego de condiciones firmado, etc., etc. Se quería que los obreros volvieran a la huelga para quitarles por algunos años toda veleidad de rebeldía y extirpar todo vestigio de organización que el movimiento de noviembre de 1920 a enero de 1921 había fortificado. Para mayor desdicha de los trabajadores, la peste del camaleonismo sindical, por medio de un tal Santiago Lázaro y algunos otros vividores, hizo irrupción en la Patagonia.

Como quiera que sea los obreros no pudieron tolerar los nuevos abusos más tiempo y volvieron a declararse en huelga. La campaña contra "los bandoleros del sur", no contra los verdaderos, los exterminadores de indios, los grandes estancieros, sino contra los trabajadores, arreció en todo el país. Iri-goyen volvió a enviar al teniente coronel Varela, que esta vez reveló en cuerpo entero sus instintos de hiena. Pero dejemos la palabra a un testigo presencial de aquella época, que narra la tragedia en esta forma (v. *La Patagonia trágica*, folleto editado por la Federación Obrera Local Bonaerense en 1922, págs. 9 a 27):

Pueblo Natales, (Chile), Enero 20 de 1922. — Mi querido compañero y amigo: ¡Salud!

Te dirijo la presente para que sepas de mi vida, que he estado a punto de perder, y también para que tengas algunas noticias de la horrible masacre que han hecho con nosotros los estancieros y el "glorioso" ejército argentino, que se ha cubierto de perfumados (con sangre de mártires) laureles, llevando la "paz" al "desdichado" territorio de Santa Cruz que estaba azotado por "terribles bandas" de foragidos, asesinos y ladrones, al decir de la prostituida prensa capitalista y de los bondadosos, compasivos y caritativos ventrudos acaparadores de las nueve décimas partes de aquel territorio; ventrudos que han tenido que saciar su tremenda sed con la sangre inocente de cientos de obreros cuyo honrado sudor no les era suficiente para saciarla, desde que sus difíciles digestiones de millares de libras esterlinas les producen fiebres enormes que las heladas brisas de estas regiones no consiguieron mitigar.

Puede que con todo el torrente de sangre bebida con fruición, y con las glaciales temperaturas del próximo invierno consigan aliviar sus males y obtener un tranquilo sueño reparador, de voraz boa hortada...

Bueno, aquí me tienes en este hospitalario pueblo chileno, desde mediados de diciembre, curándome de las dos heridas recibidas en la "formidable" batalla de Punta Alta; pero antes de entrar en detalle te voy a explicar los motivos de la huelga que tan trágicamente ha concluido. Podría decirte simplemente: "se nos provocó", pero quiero que sepas cómo fué y que conozcas algunos antecedentes para que te formes acertado juicio de nuestro "criminal" proceder.

En el mes de septiembre, tres o cuatro elementos de mal vivir, enemigos del trabajo y amigos de lo ajeno, pero que querían echárselas de trabajadores y de celosos de los derechos obreros, se propusieron engañar a la masa obrera del campo y arrastrarla a una aventura revolucionaria, mejor dicho, de robo y saqueo en beneficio único de aquellos "entusiastas

cabecillas". Para tal fin, convocaban para una asamblea que debía tener lugar en un paraje a orillas del Lago Argentino, región en que yo trabajaba de ovejero. La Federación de Río Gallegos tuvo conocimiento de aquellos manejos y propósitos y envió varias comisiones con la orden de recorrer todas las estancias de la región y aconsejar a todos los trabajadores que no respondieran a las incitaciones de aquellos malos y peligrosos elementos; que se sujetaran al pliego de condiciones firmado con los estancieros a principios del año, y que sólo donde no lo cumplieran debía hacer huelga parcial, pues para una general no había motivos. El trabajo de esas comisiones surtió su efecto: nadie respondió a la asamblea del Lago y la tranquilidad reinaba en todo el campo. Nadie pensaba en huelgas y menos en revueltas. Pero, según se ha visto después, los estancieros si pensaban, no estaban conformes con la tranquilidad; el pliego firmado no era de su agrado, y había que anularlo, había que provocar a los obreros (que ya el año anterior habían demostrado ser rebeldes), llevarlos a la huelga general y darles un castigo ejemplar, un castigo horroroso que por el terror matase todas las rebeldías, todos los derechos, todas las ansias de lucha justiciera. E idearon el plan, por cierto bien preparado y mejor secundado por las autoridades todas de aquel territorio. Mientras la Federación llevaba la tranquilidad al campo, ilustrado a los trabajadores con conferencias distintas zonas, distribuyendo un sin número de folletos anarquistas y que tanta falta hacían y hacen en esta región, la policía de Río Gallegos, con el pretexto, en algunos casos, de sumariar a varios compañeros que tuvieron participación en la huelga de diciembre y enero de 1920-21 (ocho meses después de terminada), empezó a tomar presos obreros por docenas, y sin previo sumario y aun sin tomar declaraciones, a "deportar" para Buenos Aires. Y lo mismo hacían las demás policías de toda la costa. Ante esta clara y desvergonzada provocación ¿qué habíamos de hacer? ¿Cruzarnos de brazos, dejar, impasibles que los compañeros de las poblaciones sufrieran solos, encerrados en las mazmorras las inhumanas palizas que a diario les daban a muchos, y demás vejámenes de toda clase? No. Así que bastó que se insinuase el paro general, para que los trabajadores del campo respondiésemos como un solo hombre. Nuestra idea fué sólo cruzarnos de brazos, pero los estancieros no permitieron que nos mantuviésemos así; contando con los crumiros del libre trabajo que habían traído, nos echaron de las estancias como a perros inservibles. Y empezó el peregrinaje por los campos, en grupos que cada día se hacían mayores, sin saber qué hacer ni dónde ir. En estas circunstancias, sin trabajo ni esperanzas de conseguirlo sin una vergonzosa claudicación, se resolvió jugar el todo: provocar el temor en el ánimo de los estancieros, para ver de conseguir así que influyeran ante las policías para que cesasen en las prisiones y deportaciones y pusiesen en libertad a los inocentes que martirizaban y mantenían presos. Se arrearon las caballadas, como si se fuese a hacer una revolución, y se tomaron a los estancieros y administradores que se pudo, todo sin que hubiera que lamentar un solo grave incidente personal. El grupo de la zona norte del Río Santa Cruz, en número de 450 compañeros, más animosos, tomó sin la menor violencia el pueblo de Paso Ibáñez. En posesión del pueblo y con un crecido y "valioso" número de prisioneros a quienes se les decía que si no había arreglo se les llevaría en calidad de rehenes y garantía

contra el fuego de las tropas (ya llegadas) se intentó llegar a un acuerdo que terminara con tal estado de cosas. Se propuso volver al trabajo a condición de que fueran puestos en libertad todos los presos por cuestiones obreras y reintegrados a sus hogares los que tan injustamente habían sido deportados.

El chacal, digo coronel Varela, contestó que los obreros pusieran en libertad a los rehenes y que él, a su vez, haría otro tanto con los detenidos en la comisaría de Puerto Santa Cruz y que inmediatamente entrarían en vías de arreglo; que él había venido a arreglar pacíficamente, no a masacrar a nadie.

Al día siguiente, los trabajadores ponían en libertad los estancieros y Varela hacía otro tanto con los presos en Santa Cruz. Pero no bien hubieron llegado los patronos al pueblo, el chacal volvió a encarcelar a esos mismos trabajadores, y empezó a avanzar hacia Paso Ibáñez con todas las fuerzas de caballería y marinería del "Almirante Brown".

Los compañeros, que a pesar de no conocer la estrategia, empezaron a desconfiar de la sinceridad del coronel, la misma noche, después de puestos en libertad los estancieros, se pusieron en marcha hacia la Cordillera, eludiendo en esta forma un encuentro con las tropas, puesto que no había el propósito de resistirse y ni tenían armamento suficiente para una emergencia de esa naturaleza.

Aves de rapiña locales y no locales aprovecharon aquel estado de cosas e hicieron de las suyas. ¡Como es natural!... tiene que recaer sobre nuestros lomos, que siempre soportan todas las culpas. Pero volvamos a una fecha anterior, dejemos por un momento a estos compañeros en marcha hacia el interior, marcha que para la mayoría fué hacia el más allá desconocido...

Era el 11 ó 12 de noviembre. En las soledades patagónicas muy pocas veces sabemos en qué día se vive. Un grupo de compañeros (6) me encuentra recorriendo "mi" sección (44 leguas de campo) en las primeras horas de la mañana. Me informan de lo que ocurre y de la resolución de hacer paro general y me invitan a plegarme. Como tengo corazón y sentimiento de hombre, no tuvieron que esperar mi respuesta afirmativa. Al atardecer nos incorporamos a un grupo de 70 compañeros acampados en el bajo de una serranía, a orillas de un pequeño chorillo. Las protesta por las injustas prisiones y la resolución de no volver al trabajo hasta que no los libertasen, eran generales. En los tres días siguientes se continuó recorriendo estancias y puestos, distribuidos en varias comisiones e invitando a los compañeros que aun seguían en el trabajo, los más por ignorancia de los sucesos, y arreando las caballadas que se encontraban. Al cuarto día quedó suspendida la labor. Acampados a la espera de una comisión que había retardado su regreso, fuimos sorprendidos, casi todos a pie y lejos de la caballada, por una fuerza del 10 de Caballería compuesto de unos 30 conscriptos, al mando de la hiena capitán Viñas Ibarra y varios policías. Un compañero, para informarse de si eran los compañeros de la comisión, según la seña convenida, hizo un disparo al aire. Bastó esto para justificar nuestro bandolerismo y los asesinatos que en seguida y días siguientes cometieron. Apresuraron su llegada las tropas y sin decir agua va, abrieron un nutrido fuego sobre nuestro campamento. No sé cuántos cayeron en esos momentos de terrible confusión. Por más que hubiéramos podido resistir a revólver y boleadoras (no tenemos más que tres winchesters) dado nuestro nú-

mero muy superior al de ellos, y presentar una resistencia que se justificaba por la bárbara actitud de las tropas, no lo intentamos porque no entraba en nuestros propósitos: se había acordado rehuir todo encuentro con las tropas para evitar la efusión de sangre, y porque no era contra ellas que iba dirigida nuestra lucha; se quería hacer simples correrías que molestasen a los estancieros impidiéndoles hacer los trabajos de la época, marcación y esquila, a fin de que amedrentados por las pérdidas que ello ocasionaría, consiguiesen la libertad de los compañeros presos. Pero estábamos muy equivocados en nuestros cálculos, los estancieros habían decretado nuestro exterminio y tenía que llevarse a cabo a todo trance. La consigna de masacrarnos había de cumplirse irremisiblemente, con razón o sin ella. No es de extrañar hoy, pues, que los jefes y aun la tropa ¡conscriptos, obreros e hijos de obreros!, se despojaron de todo sentido humano y se ensañaron ferozmente con hombres indefensos y rendidos y que no habíamos hecho la menor demostración de resistencia. Cuando les pareció que ya habíamos caído bastantes, y convencidos de que estaban a salvo de todo peligro, cargaron a sable. Soy incapaz de pintar el horrible cuadro. Puedes representártelo dándole los tintes más macabros, y aun resultará muy pálido. Te aseguro que pueden haber quedado satisfechísimos del prólogo de su valiente obra; ésta y el epílogo no desmerecen nada la brillantez de aquél. El programa de ahogar en sangre las rebeldías y derechos obreros, amasado en Buenos Aires, con ligamento de muchos miles de esterlinas, entre los Menéndez Behety, Braun, Montes y demás latifundistas patagónicos, y el Gobernador del Territorio y el coronel Varela, empieza a cumplirse a las mil maravillas. No pueden mostrarse desconformes los cotizantes de la masacre.

Los que quedaron vivos y en pie fueron hechos prisioneros. Los caídos, aun con vida, fueron ultimados a tiros y sablazos: según los gustos de los verdugos. Yo, herido de bala en el codo derecho y costado igual del pecho, al ver la obra de aquellas hienas enfurecidas, tuve la feliz idea de simularme cadáver, lo que habría llegado a ser si me notan señales de vida, pues no valían clamores, ni súplicas, tal era la ferocidad de aquellas panteras con figura de hombres. Entre el montón de cadáveres pasé el resto del día, hasta que hecha la noche y notando tranquilidad en el campamento, empecé a arrastrarme con todo sigilo y logré llegar sin ser sentido hasta una rebolada de matas; descansé algo de las fatigas y di una pequeña tregua a los tremendos dolores que me producían las heridas, aumentados por el dificultoso arrastre. Sacando fuerzas de flaquezas y sufriendo, me parecía, aún más, tanto que me recriminaba no haberme hecho ultimar, seguí arrastrándome hasta que llegué a un terrano más bajo, una pequeña hondanada, donde me incorporé a medias, para seguir agazapado. No sé si la fiebre o el terror me infundieron la seguridad de que de todos lados me veían, y así, aterrorizado, debilitado y casi exánime seguí huyendo sin saber hacia donde, buscando los parajes más sombríos y quebrados. Cuando la luz del nuevo día comenzó a disipar la débil oscuridad reinante, me trajo a la mente, casi extraviada, la necesidad de buscar un buen escondite. Por suerte, me encontraba al pie de unos pedreros, y a unos ochenta metros de altura hallé unas grandes piedras con muchos huecos que deben haber sido o son buenas cuevas de leones. Me instalé en una de ellas y como mejor pude, con pedazos

de la camisa, me vendé la herida del codo, enormemente inflamado y roto; la camisilla, el jersey y el chaleco servían de vendaje a la herida del pecho, que no me hacía sufrir tanto como aquélla. (Quien me asiste, un caritativo compañero algo entendido en esas cosas, teme que quizás no podré valerme como antes de mi brazo. La herida del pecho ya está curada. ¡Somos como los perros que con solo lamerse se curan las heridas!).

Terminada la cura me dispuse a descansar y dormir. ¡Vano empeño! Por primera vez en mi vida reagué de haber nacido en tierra argentina! El dolor de las heridas, la sed que me devoraba y el recuerdo y la visión de la horrible carnicería presenciada y sufrida, me impedían lograr mi intento. Mi cabeza era un escenario dantesco en que se agitaban mil espantosos fantasmas. Así estaba, cuando el ruido de una descarga vino a ahuyentar mi estupor, a ésta siguió otra, y otra. Hasta muchos días después que llegaron a ésta dos compañeros de infortunio, no pude saber la causa de aquellas descargas. Esos compañeros me han relatado lo que yo no pude ver el día de mi caída, y días siguientes. He aquí sus datos, y de otros desgraciados como nosotros, que han conseguido salvar de la masacre en distintas partes, datos ciertos, certísimos y hasta jurados, porque más de uno se ha resistido a creerlos, yo no.

Cedo la palabra por un momento a un compañero que como yo está herido en una pierna.

Después de haberlos sometido — me dice — los pocos que quedaban con vida fueron puestos en hilera; preguntados por Viñas Ibarra quién era el cabecilla, nadie respondió; en efecto, no era un grupo de hombres capitaneados, sino unos cuantos compañeros que nos habíamos guarecido en ese pequeño bosquecito, a fin de resguardarnos del viento y el frío. Como no contestara ninguno, se adelantó el comisario Douglas, célebre personaje, individuo criminal, que tomó parte en muchas masacres de obreros y también en ese crimen ocurrido en el Consejo de Educación, en Buenos Aires; este sujeto síndica como cabecilla al compañero Pintos, pues este compañero había obstaculizado siempre las jugadas con su prédica constante y le of que el Comisario Douglas, que como todo polizonte que tiene su medio por vida la coima, aprovecha la oportunidad...

Bastó una sola insinuación para que Viñas Ibarra dijera: "Dos pasos al frente... ap... fuego... El compañero Pintos cayó de rodillas, y como no muriera al momento, Douglas sacó su pistola y le dió el tiro que llaman de gracia.

Avanzaron unos pasos más en la hilera y Douglas vuelve a conocer a otro. Esta vez era el compañero Lagos; retirado a dos pasos de la fila, Douglas le disparó dos tiros, uno que fué a herirlo en un costado y otro en el frontal. Este compañero cayó y como las heridas no eran de muerte, al volver en sí, notó que las tropas se habían retirado unos metros. Un grupo de conscriptos que estaba más cercano, juntaban y amontonaban leña. Comprendiendo el compañero Lagos que lo que se quería hacer era quemar los cadáveres, esperó a que se alejaran unos metros más en busca de la leña y arrastrándose por entre sus compañeros yacentes, pudo internarse en el bosque y que felizmente a esa idea hoy puede contarse entre nosotros, aunque en estado bastante grave. (1)

(1). A consecuencia de las heridas, murió diez días después de escritas estas líneas.

Otros compañeros que se encontraban agazapados en el bosque, cuentan que un momento después llegó un camión del que sacaron palas y picos. Unos pocos compañeros que quedaron, que no habían sido pasados por las armas, pero que se les había sometido a un estado de tortura, fueron obligados a cavar una gran fosa, en la que habían de enterrarse las treinta y siete víctimas ultimadas que allí se veían. Tal vez debido a que ya se hacía la noche, el camión fué cargado con nuestros compañeros rumbo a la cárcel de R. Gallegos, quedando unos cuarenta conscriptos en el lugar, encargados de finalizar la tarea.

EN EL LAGO ARGENTINO: Cometido el bárbaro crimen en Punta Alta — 27 de noviembre de 1921 — los asesinos se dirigen al Lago Argentino. Pero antes de llegar, en el hotel "La Esperanza", encuentran tres trabajadores que se alojaban desde hacía varios días. No hubo que hacerles muchas preguntas para justificar su bandolerismo, pues un poncho y una rastra y algunos centavos que estos pobres camaradas poseían, eran justificativo suficiente. Dos o tres puteadas de Viñas Ibarra eran también suficientes para que los cabos y los sargentos condujeran a las tres infortunadas víctimas a pocos metros del hotel y ultimarlas.

Más adelante, ya en las inmediaciones del Lago, se encuentran tres camaradas más que no sabiendo nada de lo que ocurría, cruzaban la zona en constante peregrinaje, a que estaba obligado todo gaucho que en aquella región se encuentra sin trabajo.

Inmediatamente la tropa echó cuerpo a tierra y una vez los compañeros, que no se habían percatado de nada, se aproximaron, se les hizo una descarga cerrada. Dos jinetes rodaron por el suelo, el otro, que era el camarada Julio Donoso, echó pie a tierra y se ubicó detrás de una piedra. La tropa rodeó la montaña en la que se encontraba nuestro camarada, y previa orden de: ¡Al asalto... mar... los bárbaros cargaron en número de ochenta contra un solo hombre.

Un conscripto alojado en el sanatorio de Río Gallegos y que quizás la herida recibida en un brazo le haya hecho reconocer la criminalidad de sus colegas, refiere que Donoso, al verse rodeado, sacó su revólver y lo descargó contra ellos. El último grito que se oyó fué: ¡Soy federado!... ¡Viva la Federación!

Un día después, el 4 de noviembre, Viñas Ibarra reforzaba su dotación con las tropas que habían estado en Paso Ibáñez y continuaba su avance en dirección a la Anita, en donde se encontraban unos trescientos trabajadores. Cuatro leguas más adelante encontraron a otro compañero, Federico Villars, que corrió la misma suerte de los anteriores.

El día seis de diciembre todo el grueso de la tropa se hallaba acampado en el Calafate, a doce leguas de La Anita. Desde allí Viñas mandó un mensaje a los obreros, en el cual les decía que debían entregarse y entregar las armas que tuvieran, para poder solucionar el conflicto; que él garantizaría la vida de todos. Al recibir la comunicación, los compañeros se reunieron en asamblea y trataron si se entregaban o no. De más está decir que los compañeros no conocían lo sucedido en Paso Ibáñez ni Punta Alta; sino que, teniendo en cuenta el comportamiento de la tropa en la huelga del año anterior y las escasas armas con que contaban, resolvieron entregarse.

Al día siguiente por la mañana, el compañero Soto, que desde la tarde anterior había puesto en duda la sinceridad del capitán, insinuó a todos aquellos compañeros que hubieran tenido alguna comisión y que

pudiesen estar comprometidos, para que se retirasen. Unos treinta camaradas ensillaron sus caballos y se dirigieron hacia la frontera de Chile. Por la tarde llegaron las tropas. Viñas Ibarra adelantóse con algunos oficiales y suboficiales e hizo recoger las armas. Luego llamó a los estancieros que habían tenido prisioneros los huelguistas, y con la indicación de éstos, separó a cuarenta trabajadores. Cuarenta hombres que después de haber cavado una gran fosa, se les hizo formar en dos, dando frente a la zanja, que un minuto después iba a ser su propia sepultura. "Esperen órdenes ahí", tartamudeó el teniente Frugoni...

Se retiró unos cincuenta metros, y a una señal del verdugo la ametralladora hizo una descarga. Cuando se volvieron a aproximar para echar los cadáveres a la zanja, varios camaradas gemían aún. Entre ellos, Efraín Fuentes, semi sentado, les gritaba: ¡Asesinos! Y poniendo el pecho, decía: ¡Mátennos de frente, no por la espalda, traidores!

Mientras Frugoni ejecutaba a estos trabajadores, Viñas Ibarra y Varela requisaban el resto de los obreros, despojándolos de todo lo que tuviera algún valor. Por la noche, a las 20.30, fueron sacados siete camaradas a los cuales se les dijo que iban a cuidar los caballos de la tropa. Siete camaradas que al día siguiente no se les volvió a ver.

El día ocho, volvieron a hacer formar a todos. Vinieron los estancieros y a insinuación de Viñas, los cuervos empezaron otra vez a sindicarse cuáles eran los bandoleros. Cada obrero que tenía ganado un mes o mes y medio de sueldo, era justificativo para que el estanciero dijera: ese individuo es peligroso. Todos los latifundistas allí reunidos sindicaron obreros para que fueran pasados por las armas.

Un estanciero que tenía veintisiete trabajadores en la estancia, los sindicó a todos.

Separados así fueron noventa y siete trabajadores. Se hizo que el resto se dispersara por el campo. Estos noventa y siete fueron llevados al río Centinela, unas cinco leguas de La Anita. En ese lugar hay un puente, el cual había sido destruido por las fuertes correntadas que producen los deshielos. Allí fueron obligados a trabajar los infortunados camaradas; la mayoría fueron arrastrados por la creciente; otros muertos a



culatazos por resistirse a trabajar. El compañero Juan Estévez, de diez y seis años de edad, fué muerto en una forma atroz, que yo no puedo describir y que con solo oír la narración de lo sucedido, la sangre se me subleva y los nervios se me ponen en tensión. Igual cosa hicieron con el camarada Camparro, un muchacho de diez y ocho años, pero altivo y fuerte. Este camarada, cuando vió que los noventa y siete iban a ser muertos y en esa forma tan criminal, les tiró con una pala y les insultó hasta el cansancio. Lo amarraron en un poste y después de veinticuatro horas, cuando ya este camarada parecía estar muerto, se le sacó de allí y fué arrojado en una hoguera, en donde ardían otros cadáveres.

De esos noventa y siete hombres se han salvado dos únicamente, dos que se dejaron llevar por el río unos dos kilómetros y luego se internaron en el bosque; y así desnudos y enfermos han podido arribar a este pueblo, que dicho sea de paso, ha sido bastante hospitalario. Estos dos camaradas, cuyos nombres reservo, me dicen que ellos salieron, o se escaparon, el nueve, pero que ese día no quedaban más que unos dieciséis trabajadores.

La mayoría se había ahogado y los otros habían sido fusilados.

Antes de abandonar el terreno de las operaciones militares, Viñas destacó algunas comisiones que recorrieron las estancias. Y esas comisiones cumplían fielmente lo ordenado. En el Mitre encontraron una mujer con cuatro criaturas la cual lloraba aún la pérdida del compañero, que había sido fusilado en La Anita. Fué una *bolada*, al decir del teniente Frugoni. Primero se divirtió él y luego la soldadesca. Para ello les fué necesario apalearla; las cuatro criaturas huieron al bosque, llevándose a un niño de pecho. ¡Imagínese qué cuadro por la tarde, al regresar las criaturas y encontrarse con la madre bañada en sangre, con las ropas hechas pedazos! ¿Lo creéis, compañeros? Pues hoy, 20 de enero, las criaturas están en Punta Arenas, una tía las ha recogido; yo mandé una carta para que las sociedades obreras las atendieran y me contestan que la tía las llevará a Valparaíso. Y así como esta indefensa compañera, que no obstante tener cuatro hijos fué víctima de la barbarie de los asesinos, así como ésta, han perecido otras más. ¡Después de haber saciado la furia de bestias la han ultimado para borrar las huellas de la infamia! Como se ha matado también a los obreros para cubrir las huellas del robo.

EN RIO CHICO: Dejamos a los compañeros que habían tomado y abandonado Paso Ibáñez, en marcha hacia el interior. Era el cuarto día de marcha. Ya acampados a orilla del Río Chico, en un paraje bastante quebrado, ven aproximarse varios autos, uno de ellos con bandera blanca; llegan y se internan en el casi cerrado círculo que forma el campamento.

De uno de los autos se bajan el compañero Otelario, un militar y un particular. Aquél se dirige, apresurado, para reconocerlos, y les manifiesta que todo estaba arreglado, que no había que hacer resistencia a las fuerzas llegadas con él (eran tales: Varela con veintitantos números), pues que los estancieros libertados habían conseguido que los policías accediesen al pedido obrero. (Lo habían engañado villanamente, o atemorizado con el fusilamiento). Hubo compañeros, pocos, que no dieron crédito a tal afirmación y se fueron con rumbo desconocido. Tuvieron clara visión. Ojalá todos la hubieran tenido. Habría habido, quizás no, algún derramamiento de sangre, pero se hubiera evitado torrentes, más de 200 asesinatos y

más de un martirio. Ante las seguridades dadas por Otelario, que había quedado a retaguardia para parlamentar, sabiendo que Varela los alcanzaría muy pronto, se hizo entrega de la caballada y de las armas (eran unos cinco mil caballos) y empezó el cumplimiento de la consigna que tenían las tropas. Comenzó por seleccionar y apartar los que llamaban "cabecillas", por lista que tenían. Esa noche diez de ellos permanecieron atados con alambres, desnudos, a un alambrado. (En la Patagonia sur aún en pleno verano, por las noches y especialmente en la madrugada, se sienten intensos fríos) A deshoras de la noche se sintieron muchas detonaciones; hay quien asegura que estuvieron jugando al blanco con ellos. Por la mañana temprano fueron fusilados conforme estaban. En igual forma corrieron idéntica suerte una treintena de "cabecillas", a excepción del compañero Camporro, para quien Varela tenía reservados otros horrores. Se le hizo arrancar una buena cantidad de mata negra y con ella rodear un poste de alambrado; después, desnudo, se le amarró al mismo y previo un culatazo en la cabeza, se dió fuego a la mata amontonada alrededor del cuerpo atontado del que, de honesto obrero, pasó a ser mártir, por sus ideales, de las hordas salvajes del gobierno, argentino y extranjero. Honremos su memoria, poniendo más entusiasmo, más unión y más firmeza en nuestras luchas!

Como sin duda Varela es muy activo y laborioso y enemigo de perder el tiempo, para evitar las pérdidas del que se emplearía en abrir fosas, con falta casi absoluta de herramientas, optó por la cremación de los cadáveres. Para ello hizo arrancar gran cantidad de mata negra (única leña en el lugar) por todos los condenados a muerte, y después de fusilarlos en pelotonos, los hacía cubrir con mata, rociar con nafta y prender fuego. No habría que decir que primeramente se los despojaba de cuanto dinero y objeto de valor tenían, y se rompían y quemaban los certificados de caballos y documentos y correspondencia personales. Con las prendas y valores se halagaba a los clases, soldados y chauffeurs, que con ello daban por muy bien pagadas las hazañas. Del grupo quedaron con vida sólo ciento noventa y seis!...

EN JARAMILLO: El ahora célebre y mártir compañero Font, por algunos conocido por "Facón Grande", formaba parte, con alguna supremacía, sobre los demás por su entusiasmo y decisión, de un grupo de obreros, en la zona de Deseado Alcanzado por las fuerzas y atacado a mansalva, se defendió y puso en fuga a los atacantes, que se olvidaron de su pregonada y cacareada valentía (con los rendidos indefensos) cuando encontraron un poco de resistencia. Dicen los cosacos que en ese encuentro único que puede llamarse así, y quizás para justificar todas las carnicerías hechas y por hacer, fueron heridos dos conscriptos. Aconsejado después Font por comerciantes y estancieros, que le prometieron conseguir de Varela una amnistía general, y un pliego de condiciones conforme con las solicitudes obreras, aceptó, inocentemente, como buen obrero, deponer las armas y volver al trabajo, una vez conseguidas de aquel militar las garantías expresadas. No se hicieron esperar, firmadas de puño y letra del pundonoroso coronel. A juicio de los "bandoleros" de Font, ya no tenían razón de ser las correrías en que andaban. En posesión de los documentos firmados, traídos por los parlamentarios destacados al efecto, incautos y confiados, así que llegó Varela con sus escasas fuerzas, procedieron a cumplir, por parte de ellos, lo estipulado por escrito. Nada

más deseaba el ogro insaciable. Desarmados y sumisos, o sometidos, según la expresión oficial, está demás detallar lo ocurrido, bastando decir que no sobrevivió a la masacre un solo obrero, pues había que lavar con sangre (y aquella aun era poca para los deseos del glorioso capitán o coronel) el imperdable delito de haber herido a dos conscriptos!...

Se terminó, pues, con todo el grupo, cuyos cadáveres, algunos antes de serlo, fueron quemados y enterrados a medias. El parte oficial de Varela sólo decía que había sido sometido el grupo, cayendo en el "combate" varios de sus cabecillas, entre ellos el famoso "Facón Grande".

EN EL LAGO SAN MARTIN: De igual o parecida artimaña se valieron las tropas en la zona del Lago San Martín para someter y ultimar, sin el menor riesgo, a los huelguistas que se encontraban en aquella región; sólo que hubo una pequeña diferencia en la elección del arma asesina; como las balas de máuser ya escaseaban, se recurrió a las ametralladoras, que aun no habían entrado en acción. Este grupo, compuesto de 360 a 380 compañeros, fué aniquilado, menos los primeramente fusilados, puede que como un honor o gracia especial, a fuerza de descargas de ametralladora.

Sólo tres consiguieron escapar, casi milagrosamente. No habría que repetir que fueron quemados los cadáveres, despojados de todo objeto de valor, ¿eh?, pues que no había obreros que cavaran fosas.

En la misma zona de Deseado, otro grupo de 90 "sometidos" fué ametrallado en montón, al borde de un precipicio de más de 30 metros de altura. Los que no murieron por efecto de las balas, fueron víctimas del desplomamiento sobre el fondo rocoso. Los condadores, cuervos, caranchos y zorros han tenido y aun tendrán un abundante festín.

EN CAÑADON LEON (zona de S. Julián): Aquí operó entusiastamente el chacal, que sin duda ha dado mayor muestra de salvaje sanguinarismo, por más que no le van muy en zaga Viñas Ibarra, capitán Campos y teniente Sweizer, o algo así; es el capitán Anaya. Tocóle en suerte "someter" a un grupo de 70 y tantos obreros. Rendidos y desarmados y puestos en filas antepuestas frente al contingente de tropas que aquél mandaba, dió esta orden: "Cabecillas, al frente". Nadie da un paso. Y dirigiéndose a sus soldados: "A ver, diez *argentinos* al frente" (salen todos). Preparan... apun... fuego!... Se desploman diez o doce compañeros. Y dirigiéndose otra vez a los obreros asombrados: "Cabecillas, al frente". Igual quietud. "Soldados *argentinos*! preparen... apun... fuego!..." ueva masacre, hasta por tercera vez. Convencidos de que si seguía así iba a concluir con todos, a la cuarta vez fueron señalados algunos que podrían merecer una distinción por su entusiasmo. Indicarlos, hacerlos formar y fusilarlos, todo fué uno; y para que no pudieran sentir envidia por la suerte corrida por sus compañeros, los pocos que quedaban también fueron ultimados. Así, ni pocos quedaban para hacer nuevas huelgas en el futuro. Los estancieros y demás particulares que presenciaron aquella inquisitorial hecatombe, no tuvieron una sola palabra para pedir un poco de clemencia. Seguramente aquéllos les satisfacía.

OTROS DETALLES: Un grupo, bastante numeroso, de dispersos en la zona N. del Río Santa Cruz, se propuso pasar a la zona Sur, donde pensaban estar más seguros. Pasó uno primero en la noche, con la consigna de cerciorarse de si había fuerzas en las proximidades del lugar por donde debían pasar, y no

hablándolas, hacer humo en señal de "puerto libre". La señal convenida llegó a conocimiento de un pseudo obrero traidor y espía. Fueron las tropas en la madrugada al lugar de pasaje e hicieron el humo con sabido, ocultándose después como lobos hambrientos en acecho. Al llegar a la orilla sur los confiados obreros, fueron sorprendidos por descargas cerradas de fusilería. No se salvó uno.

Ya "pacificado" el territorio, parte de las tropas está acampada a orillas del Lago Argentino, teniendo en su poder algunos prisioneros que iban siendo fusilados a medida que sus custodios recibían de ciertos estancieros la pladosa solicitud. Quedaban aun bastantes cuando llega el capitán Campos (el mismo que tenía de Viñas Ibarra el concepto de "muy milita"; ¡cómo será él!) con sus "hombres" y ve los detenidos. "¿Qué hacen con esos perros, qué esperan para concluirlos? Si tienen miedo démenlos a mí, que yo pronto doy cuenta de ellos". Y todos dieron buena cuenta de ellos!... De a tres y de a cuatro iban siendo sacados para atrás de una lomita y, por la espalda, en marcha, los nacían concluir. Las culatas y sables se encargaban de ultimar a los agonizantes.

Llega a una casa de comercio, en la misma región, el capitán Viñas Ibarra y encuentra a varios obreros; por "sospechas" o porque sí, empieza la tarea de fusilarlos. Ya iba en marcha hacia el "patíbulo" un pobre muchacho chileno, infelizote y poco agraciado por la naturaleza, cuando el dueño del comercio pregunta a Viñas Ibarra: "¿Qué van a hacer con ese muchacho?" — "A fusilarlo". — "Pero ¿por qué?, si es un infeliz que no se ha metido en nada, y que no es capaz de matar una mosca?" — "Sí, pero no ve usted que es muy feo? Tiene cara de sospechoso, y mejor es fusilarlo", le contestó la hiena. Felizmente, el comerciante, a la vez juez de paz, consiguió salvar a aquella casi víctima, inocente, de las garras y de los bestiales instintos del capitanejo. Este mismo chacal, en Punta Bandera, interroga por el paradero de un compañero que había sido huelguista el año pasado, a un carretero amigo del mismo. Contesta que no sabe. Nueva pregunta y nueva negativa, porque en verdad no sabría; por ello lo hace fusilar. En el Hotel del Río Mitre encuentra a tres obreros que habían salvado la vida en "La Anita" (es paraje cercano); pregunta a uno de ellos quién había roto un auto, cuando la huelga, que había cerca del hotel. El obrero lo ignora y así lo manifiesta. Insiste en manifestar su ignorancia. Lo hace fusilar. Los otros, horrorizados, no niegan: hacen de adivinos, culpan sin saber si es verdad o mentira a varios que les constaba que habían huído para ésta.

En la estancia Ruben Aike, de la fuerte compañía Las Vegas, un obrero no quiere trabajar más y pide la cuenta. Las fuerzas que cuidan (como a las demás) la estancia, lo insultan y provocan, y por fin, le pegan tres balazos. Como acudieron, a las detonaciones, los demás trabajadores, no tuvieron tiempo de ultimarlos sin ser vistos. Mal herido, al siguiente día resuelven llevarlo a Río Gallegos, pero a pocas leguas de la estancia fallece, dicen, y lo entierran en el campo.

A la estancia "Laguna de Oro", también ocupada militarmente, llegan una tarde tres obreros chilenos en busca de trabajo. El oficial les preguntó si tienen "libreta de trabajo", nuevo úkase oficial de última hora. Contestan que no la han sacado porque no tienen dinero para ir a Gallegos (50 leguas de distancia) a sacarla, ni para gastos de viaje, ni para pago de la libreta, que cuesta 5 (cinco) pesos, más otros cinco por las fotografías necesarias y otros cinco para

el carnet de identidad. Fuera de algunas groserías de las tropas, nada más ocurrió. Pero en la noche los peones y demás personal de la estancia aienten dos descargas. Los tres obreros habían sido sacados a media noche y fusilados por... no tener dinero. En cambio, debían tener algún revólver, reloj y capas de guanaco, que todo ello es miel sobre hojuelas para los defensores del orden y de la patria.

Por igual motivo, no tener libreta de trabajo, en pleno día, y en pleno camino, en el paraje conocido por "El Perro", son ultimados cinco obreros que buscan trabajo; uno de ellos ex delegado de una estancia de aquellos parajes.

Aseguran quienes se han visto obligados a recorrer extensas zonas huyendo de la masacre, que todo el territorio es un cementerio de compañeros, en la acepción más literal de la palabra, a no ser que la mayoría de los muertos "suelos" se encuentren insepultos. No hay campo, en ciertas zonas, en que los ovejeros no encuentren dos, cuatro, diez muertos sin enterrar, desvalijados, semidesnudos, sin que se sepa quiénes han sido los asesinos; es decir, se sabe, pero nadie se atreve a decirlo. En cambio, los conscriptos y gendarmes llegan del campo a las poblaciones con verdaderos cargamentos de capas de guanaco, monturas, revólveres, relojes, etc., que venden por poco más que nada para costearse las garufas en prostíbulos y cantinas. Y los cheques cuyos verdaderos dueños no se presentan ni presentarán a cobrarlos, porque ya no existen, sufren un obligado peregrinaje por los pueblos de toda la costa y Punta Arenas, buscando un pagador poco temeroso que quiera pagarlos sin el debido endoso de las personas para quienes fueron extendidos.

Está bien pacificada la Patagonia, sus habitantes todos, especialmente los obreros, podemos trabajar y vivir tranquilamente, pues que nadie se atreverá a molestarnos, por las muchas y buenas custodias que el gobierno ha enviado. Las tropas nacionales han cumplido con todo celo su santa misión de paz y de orden.

Y los sueldos, para el trabajador del campo, con la disminución de brazos cortados a sable y corridos a balazos, han mejorado sensiblemente. Antes de la huelga se pagaban 100 y 120 pesos mensuales; ahora 60, 70 y hasta 80, que es lo que cuesta un saco de badana, indispensable en estas latitudes. Y trabajar se puede hacer con toda tranquilidad... Pacificado el territorio, andaban rodeando haciendas para esquilar, en un campo del "Centinela". Las tropas de Viñas Ibarra que pasaban, de regreso, por aquellas proximidades, vieron sobre una loma, a unos 500 a 600 metros, dos jinetes. Les gritan ¡alto!, pero por la distancia y por el viento los rodeadores no oyeron la voz de mando, y hete aquí que los "muchachos" aprovechan aquella hermosa ocasión para aprender a tirar a larga distancia, y se ponen a jugar al blanco, ¡a divertirse un rato!... Echan todos pie a tierra y ¡fuego! No tardaron en caer para no levantarse más, jinetes y cabalgaduras. Reconocidos aquéllos resultaron ser el poblador del campo y un peón. Me han citado los nombres, pero ahora no los recuerdo; como no he querido recordar los de muchos que conozco y que sé que han caído para siempre, para que sus familias, en su mayoría en este país y en las provincias del norte, no conozcan la dura, atroz realidad, y se alienten con la esperanza de que los suyos puedan estar en el número de los fugitivos.

El número de masacrados no se sabe ni se podrá saber con exactitud, pero según todos los cálculos que he hecho y he oído hacer, debe oscilar entre mil y

mil cien: 600 chilenos, 300 españoles y el resto, de distintas nacionalidades, todos, hoy más que nunca, hermanos en el seno de la madre tierra.

Se me olvidaba el hecho quizás más feroz de la espantosa masacre. El... no sé cómo calificarlo, capitán Anaya destacó un sargento en comisión a un lugar a pocas leguas de donde estaban acampadas las fuerzas a sus órdenes. Habían transcurrido tres días y el sargento no volvía. Sospechaba que los obreros dispersos hubiesen tomado alguna venganza con él. En ese período de tiempo encuentra cinco obreros que iban para sus pagos con el propósito de volver al trabajo. Los detiene y les pregunta por el sargento. Ellos no lo habían visto y lo dicen. Insistentes interrogatorios y fuertes amenazas. Los compañeros se mantienen en sus manifestaciones, de que no conocían ni habían visto al sargento. Llegó la noche y los manda a dormir, maniatados y custodiados. Una hora más tarde, va la fiera, los despierta e interroga de nuevo. Igual resultado; "O me dicen dónde está el sargento o los "degüello". Iguales manifestaciones de ignorancia. La hiena se enfurece y degüella uno. Otra pregunta e igual amenaza. El mismo resultado, con súplicas y clamores. Degüella otro y después otro. Los dos restantes los hace ultimar a balazos. El sargento apareció al día siguiente: se había perdido en el campo, para él, como para los demás de la tropa, desconocido.

•Y me aseguran que no fueron esos tres los únicos compañeros degollados, que ha habido muchos, pero no tengo datos concretos; pero, puede creerse, la ferocidad demostrada no conoce límites. En Santa Cruz han asesinado a obreros presos a fuerza de palizas, y los han concluido a balazos; y si eso han hecho en plena población, ¿qué puede dudarse que hayan dejado de hacer en las pampas solitarias? Más o menos han hecho lo mismo en todas las cárceles y en todas las comisarias de campaña.

El jaguar cebado Viñas Ibarra no quedó ahito de sangre con toda la que bebió en su triunfal y gloriosa campaña, campaña que ha merecido de toda la prensa territorial los más bombásticos elogios. A fines del mes pasado, días antes de la llegada del gobernador y estando ausente Varela de la capital (era jefe absoluto de la plaza) quiso sacar de la cárcel de la misma, para fusilarlos en las proximidades de la población, a 23 detenidos por cuestiones obreras. Pedidos al director de la cárcel, éste le dijo que no podía entregarlos sin orden del juez. Recurrió entonces a éste con la misma macabra petición, a lo que el juez se opuso tenazmente, diciéndole que como juez y como hombre no podía consentir tamaña monstruosidad. Viñas Ibarra, fuera de sí, quiso imponerse diciéndole que allí en Gallegos no había más juez ni más ley que él; y que el juez, como juez, era un inservible y como hombre un mierda. Y se produjo entre ellos un fuerte altercado, del que resultó el juez con la cabeza rota (inmediatamente se embarcó para Buenos Aires) y Viñas Ibarra, según rumores, con un balazo en una pierna. Pero los 23 condenados a muerte por el humanitario y respetuoso de las leyes oficiales, no fueron ejecutados.

La prensa toda del territorio, por más que los hechos relatados son de pública notoriedad, no ha tenido una sola palabra de condenación, ni aun siquiera de información, fundándose en "rumores" circulantes... Ha rodeado con el mayor mutismo, con el desprecio más cínico y más nauseabundo, el sin fin de crueldades y crímenes cometidos en nombre de la ley bárbara y criminal ley! del orden!...

En cambio, ha agotado el índice de los calificativos elogiosos para ensalzar la obra benefactora de la tro-

pa, jefes, oficiales, gobernantes, jueces, comisarios y polizontes que han contribuido a restablecer el orden, concluyendo con el "bandolerismo" regional. Son tan bandoleros esos periodistas sin conciencia ni vergüenza, como los otros bandoleros que en Buenos Aires prepararon y proclamaron la masacre, como los bandoleros uniformados que la llevaron a la práctica en el terreno de los hechos. Que la vindicta pública, el estigma de fuego de todo hombre honrado y de corazón, pese eternamente sobre todos ellos por igual. Sobre los unos, porque la prepararon, sobre los otros, porque la llevaron a la práctica, y sobre los otros, los periodistas venales y sin un átomo de escrúpulo, porque con su silencio sancionaron de hecho la consumación de todos los crímenes, que no habrían llegado al colmo que llegaron si la prensa hubiese cumplido con el elemental deber de condenarlos y pedir moderación y justicia en el cumplimiento de la misión confiada a las tropas.

Y por hoy creo que estarás satisfecho con lo que te he escrito, es decir, yo no lo he hecho, porque no puedo, el estado de mi brazo me impide escribir; pero me he valido de un camarada que gustoso se ha prestado a ello. Firmaré como pueda, con la izquierda. Cuando tenga más datos te escribiré otra vez. No dejes de hacerme saber de tí y de los compañeros amigos, de ésa, y de lo que haya ocurrido u ocurra que merezca ser conocido. No seas perezoso y escríbeme pronto. Ardo en deseos de tener noticias tuyas y de lo que sucede por ahí. Por mí no te preocupes; espero que no tardaré mucho en poderme valer de mi brazo, y volver a trabajar. No estoy bien, pero tampoco estoy mal. Hay aquí muy buenos compañeros que me socorren en todo lo que necesito, y que aun en el peor de los casos, como me lo han dicho y repetido, no me dejarán morir de hambre ni andar desnudo. Ya vendrán días mejores. No hay que desesperar. Lo que me ha ocurrido es una enseñanza más de la vida. Si la sé aprovechar estaré siempre gozoso de lo que he sufrido y sufro.

Hasta otra, salud y no desmayar!

Tu compañero y amigo de siempre. — (Firmado).

X. — ¡IMPOSIBLE OLVIDAR!

¿Quién podía olvidar los 1.100 muertos, los millares de heridos de la espantosa masacre? Cuando lo supimos en Buenos Aires, no nos atrevíamos a creerlo; suponíamos que había ocurrido algo muy terrible, pero no pensábamos que se hubiera podido derramar tanta sangre. Lo que más conmovió el ambiente anarquista de Buenos Aires fué el fusilamiento del obrero albañil Santiago González Díez, español, de la provincia de León, que ya había sido deportado de la Argentina y que volvió clandestinamente, aprovechando un pedido de personal para ir a trabajar a Río Gallegos y conocer algo de lo que allí pasaba. González Díez era bien conocido como militante anarquista; a su llegada fué fusilado sin juicio alguno, sólo por ser quien era y por temerse que sus ojos vieran más de lo que convenía al teniente coronel Varela. Cuando llegó esta noticia no hubo ninguna duda más de la veracidad de los horrores que se contaban sobre la expedición punitiva del teniente coronel Varela. Se intentó en Buenos Aires llevar la protesta anarquista a la calle, clamar en las plazas públicas contra el gran crimen. Pero como el principal causante era el gobierno nacional presidido por Irigoyen, lo que hubiésemos podido decir contra la masacre patagónica habría tenido que repercutir contra el gobierno nacional. Se nos amordazó, no consintiéndonos ninguna

acción pública para denunciar el crimen. Todo quedó circunscripto a la campaña de nuestra prensa y a los folletos que se hicieron circular narrando la barbarie del ejército en la Patagonia. Entre los que trabajaban con más fervor para que lo ocurrido no quedase impune estaba un anarquista alemán llamado Kurt C. Wilckens. Si se nos hubiese dejado elevar nuestra protesta pública y colectiva, seguramente que Wilckens no hubiese recurrido a otros medios para hacer sentir nuestra condenación de los hechos sin nombre.

El doctor Borrero, que pretende limpiar de toda mancha a Irigoyen, narra esta conversación, a bordo de un barco, entre el gobernador del territorio de Santa Cruz, y una madre enlutada con cinco hijos:

"¿A dónde va, señora?

—A España — contestó la interpelada — a ganarme la vida mía y la de mis hijos, que aquí me falta. —Y sus hijos ¿son argentinos?

Seca, brutal, restallante cual latigazo que nos cruzara la cara, haciéndonos retorcer de dolor y de vergüenza, vino la respuesta:

—Por desgracia — contestó la desdichada mujer en tono sombrío y desesperado.

Pasada la impresión del primer momento, intentó el interlocutor, que era argentino, calmar a la señora, haciéndole reflexiones y, sobre todo, convenciéndola de su error y diciéndole que no emitiera tales conceptos, porque al fin y al cabo la Argentina era la patria de sus hijos...

Rápidamente lo hubo de atajar ella, diciéndole:

—Sí, es cierto que aquí han nacido; no lo niego ni lo podría negar; pero también es cierto que aquí han asesinado al padre de ellos, pegándole cinco balazos, rompiéndole luego el pecho con enormes pedascos, deshaciéndole después el cráneo a culatazos; y cuando por último, en un rasgo de aparente, hipócrita piedad, sus miserables verdugos lo enterraron a flor de tierra, tan a flor de tierra que ésta se removía con los estertores agónicos del mártir, que fué mi esposo — los malvados lo habían enterrado vivo — como única oración fúnebre y mientras aplataban la tierra saltando sobre el cadáver, aquellos demonios del infierno prurrumpieron en la siguiente espantosa frase: "Putá, que había sido duro pa morir este gallego'e mierda".

Este episodio ocurrió en Paso Ibáñez.



¡Imposible olvidar! De esos hechos llegaron centenares a nuestro conocimiento en su oportunidad; algunos los hemos dado a la prensa, pero eran tantos...

En el extranjero no se quería creer tanta barbarie. El que compila estos documentos, en un congreso antimilitarista internacional habló del asunto, hacia fines de 1922, sacando la impresión de que sus palabras no lograban convencer enteramente a los oyentes. A todos les parecía una exageración. Tuvo que hablar Wilckens, en enero de 1923, como lo hizo, para que nuestras palabras denunciadoras no se perdieran en un sentimiento de incredulidad.

XI. — KURT WILCKENS

La matanza de los obreros de la Patagonia duró hasta los primeros meses de 1922. Todavía se encuentra el viajero osamentas esparcidas de las pobres víctimas de un salvajismo sin nombre. ¡El crimen no podía quedar impune! Pero como ninguna acción colectiva salió como era debido en defensa de los caídos, apareció un vengador individual, de donde menos se esperaba: fué Kurt Wilckens.

En esta casa somos iconoclastas; no reconocemos ídolos de ninguna especie. Pero el compañero que llega, con lo que primero tropieza es con un retrato de Kurt Wilckens, en lugar bien visible, como para que sea visto por los mismos transeúntes.

Tenemos motivos para estar orgullosos de ese héroe, por su vida privada, por su larga actuación revolucionaria, por su gesto altamente humano y reivindicador. A pesar de que Wilckens haya desaparecido hace tan poco de entre nosotros, nos parece como un símbolo, como una figura legendaria.

Lo queríamos como a un hermano antes del 25 de enero de 1923, lo hemos admirado después de esa fecha memorable y casi casi lo veneramos desde el 16 de junio del mismo año.

Nunca hemos encontrado un hombre de una pureza moral tan elevada; su vida era un continuo tormento, porque los hombres no eran tan buenos y tan nobles como él y porque es tanto el dolor que nos rodea que un temperamento como el de Wilckens tiene que sentirse lacerado sin cesar. Era un hombre en cuyo trato podía hacerse uno la ilusión de vivir ya un trozo de la vida del porvenir. Su bondad, su honradez, su nobleza, rayaban casi en el misticismo; sin embargo, tras aquella suavidad evangélica había todo un carácter y una energía de hierro.

Los que no lo conocían de cerca, apenas podían sospecharlo.

En 1910 se embarcó en Hamburgo para los Estados Unidos, bastante joven todavía, un humilde obrero alemán, en busca de pan y de trabajo. Era inteligente, honrado, estudioso. Estudió en la vida y en los libros; experimentó en carne propia todos los defectos del actual régimen social y unió sus fuerzas a los que luchaban por transformar la vida y libertar al hombre. Formó parte de los I. W. W., que en esos años y hasta terminar la guerra fueron el centro natural de gravitación de todos los elementos revolucionarios de los Estados Unidos. Formó parte en las luchas del trabajo contra el capital y fué tan grande su abnegación y su espíritu solidario que la burguesía lo distinguió pronto, calificándolo como uno de los rojos más peligrosos del West.

Tuvo una actuación destacada entre los mineros. He aquí uno de los tantos episodios de la vida de Wilckens:

En 1917 estalló una huelga en las minas de cobre del Estado de Arizona. Al mismo tiempo que una huelga bien justificada por reivindicaciones económicas elementales, fué, o así se interpretó, como una protesta contra la guerra, para cuya marcha hacia falta el cobre de las minas en conflicto. La American Federation of Labor combatía la huelga con el mismo empeño que las autoridades. En Bisbee, donde estaba Wilckens, fueron concentradas numerosas tropas y fuerzas policiales, proclamando el estado de sitio. Dos mil bandoleros uniformados expulsaron la noche del 2 de julio de sus viviendas a los obreros en huelga, arrestando a 1.164 huelguistas. Ante la decisión de éstos de no volver incondicionalmente al trabajo, fueron encerrados en vagones de ganado que estaban preparados y, acompañados de medio millar de gendarmes, fueron desterrados a Columbus, una ciudad que dista doscientas millas de Bisbee. De Columbus se les hizo seguir hacia los desiertos de New México. Desde Bisbee a Columbus no se les dió nada de comer ni de beber.

Wilckens no podía soportar esa vida de esclavos sin protesta. Un día salió sin permiso del lugar de confinamiento. Se le detuvo y se le internó en Douglas Fort, Utah, un campamento de prisioneros alemanes. De allí se escapó, abriéndose paso a fuerza de puños, el 4 de diciembre de 1917, refugiándose en las sierras de Washington. En 1919, mientras trabajaba nuevamente en las minas de Colorado, como se distinguiera por su participación en el movimiento obrero, fué reconocido y deportado a Alemania. Llegó a Hamburgo en 1920 y no encontrando un ambiente capaz de sujetarle en su país nativo, se dirigió a la Argentina, cuyo país le atraía por las noticias del movimiento anarquista que habían trascendido hacia el exterior.

Lo demás se sabe. Llegado al país sin los documentos en orden, un policía descubrió su identidad, por haber visto su fotografía en un periódico norteamericano. Las autoridades del Departamento de Inmigración le echaron mano y lo retuvieron cuatro meses, salvándose a duras penas de la deportación.

Los lectores saben lo que pasó después.

XII.—LA CAIDA DEL TENIENTE CORONEL VARELA

Después de lo que hemos dicho, después de toda la documentación que hemos transcrito para que los interesados puedan formarse una idea exacta de lo ocurrido en la Patagonia, díganenos si el gran crimen podía quedar impune.

Wilckens se esforzó con nosotros para suscitar una sanción colectiva contra los verdaderos bandoleros del sur. Y cuando vió que era imposible esperar por el momento nada de las grandes masas, que se sometían demasiado voluntariamente a la mordaza policial del irigoyenismo, se decidió a obrar él solo. El 25 de enero de 1923, encontró al teniente coronel Varela en la calle y le arrojó una bomba. La hiena cayó. Wilckens cayó también herido; justamente en el momento de arrojar la bomba se atravesó un niño en el camino y para evitar que este inocente fuese alcanzado por los proyectiles, se interpuso en un movimiento rápido y recibió él mismo algunas heridas, cayendo al suelo. Sin embargo, viendo que el teniente coronel Varela se movía, sacó de su voluntad de hierro fuerzas sobrehumanas, se puso en pie y le descerrajó algunos tiros de revólver, hasta que estuvo seguro de que el "pacificador de la Patagonia" no

volvería a hacer más daño.

Wilckens tuvo otras oportunidades para matar a Varela; lo encontró otras veces, pero iba acompañado de sus hijos. Y su sensibilidad y su moral le impidieron hacer pagar a los inocentes delitos que no habían cometido.

Y ahora, que los que habiendo callado durante las matanzas del sur, se sienten con autoridad moral para arrojar piedras sobre el nombre de Wilckens y condenar su decisión extrema, que lo hagan; el pueblo entero ha expresado bien elocuentemente su solidaridad con ese compañero. La baba de la reacción no impedirá que su gesto pase a la historia como uno de los grandes gestos de que se enorgullece la humanidad progresiva.

Se nos dice que en el lejano sur, los parias del latifundio idolatran a Wilckens y que en una sierra, cuyo lugar no recordamos, una mano anónima grabó en la piedra, de forma bien visible, el nombre de nuestro pobre amigo; pasarán muchísimos años antes de que aquella inscripción pueda borrarse. Pero pasarán muchos más antes de que se borre de la memoria del proletariado el gesto vindicador y justiciero de Kurt Wilckens.

—o—

Las víctimas del ídolo

Eran mujeres y hombres pensativos
— una gran fe tenían, —
jóvenes eran, mas sus blancos labios
ni sus pechos austeros parecían
hechos para el amor. La aguda y lenta,

la sublime y convulsa
fiebre interna sentían
que mina el cuerpo y enardece el alma
— más fuerte que el amor y que la vida:
la fiebre de la idea.

Desnudo el pecho, combatir, con este
único fin nacieron:
sencillos goces, balbuceos de cuna,
sueños, deleites, la apacible calma
de un hogar honesto:

todo lo rechazaron; y escondidos
— en covachas oscuras,
con ardoroso afán, pálido el rostro,
contra la infamia y la injusticia urdieron
temerarias conjuras.

Y por un Dios potente iluminados,
dios de dolor y rabia,
en las húmedas celdas escribieron
trozos de historia con bermeja sangre
y pedazos de alma.

Meditad! eran niños y con ronco
estertor de la santa barricada,
entre el polvo y el humo y el silbido
de las balas cayeron,
abierto el pecho y rota la garganta!

Eran trémulos viejos ya sin fuerzas,
y entre hierros vivieron;
eran sombras de físicos murientes,

y altivos desafiaron la ignominia,
la horca y el tormento!

Eran vírgenes rubias, y en las llamas
rugientes de la hoguera,
como en un lecho de purpúreas rosas,
dieron al ideal el casto cuerpo
y el alma pura y bella!

Y ninguno sufrió. Rientes, cantando
subían al patíbulo
y el cuello daban al cordel nefando;
en el fondo letal de las prisiones,
con los ojos ya fijos

en el vacío sepulcral y el hielo
de la muerte en los huesos,
al esplendor de un porvenir ignoto
de justicia y piedad, ellos el himno
del ideal dijeron.

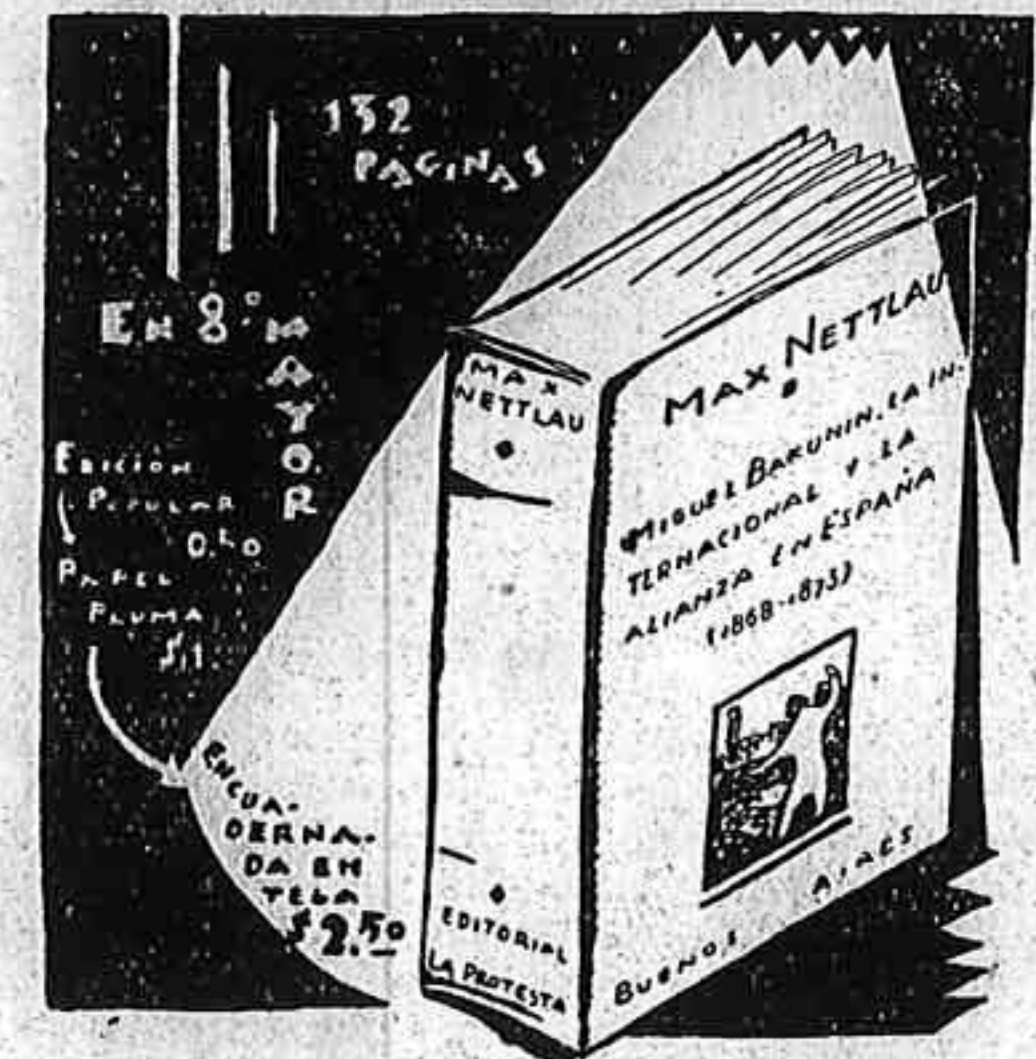
No; ninguno sufrió! De las humeantes
llagas y de los pechos
marchitos, de las bocas contraídas,
de las fieras pupilas y los miembros
helados de los muertos,

se esparcía una voz sacra y tremenda
de dicha y esperanza,
de espasmos y de amor; — ninguna fuerza
brutal puede aterrar en la ardua vía
al ideal que avanza.

¿Qué importa si por él caen a millares
las víctimas?... él queda
como fragor de truenos incesantes,
cual fatídica llama precursora
de nuevas tempestades.

Beso que marca con ardiente fuego,
fe que nunca perece,
águila eterna que se lanza al monte,
sobre el tiempo, el espacio y las ruinas,
él triunfa, y permanece.

ADA NEGRI.



LUIS FABBRI

IDEAS Y CRITICAS

¿EXISTE UNA "MORAL ANARQUISTA"?

Es discutible la cuestión de si el anarquismo puede vanagloriarse o no de un concepto propio de moral; y tal vez yo habría podido titular este artículo con una sola palabra en lugar de dos, y decir simplemente: "la moral". Los conceptos y los sentimientos morales varían según los tiempos, las razas, los períodos históricos y también las circunstancias, pero no varían — o al menos no varían más que de un modo imperceptible — según los partidos políticos y las teorías sociales.

Que el concepto de la moral varía según los tiempos es reconocido hasta por las épocas más remotas; lo afirmaba, si son exactas mis reminiscencias escolásticas, el mismo Cornelio Nepote en el prefacio a sus vidas de los hombres ilustres, hace cerca de dos mil años. Ninguno encontraba inmoral la esclavitud en tiempos de Aristóteles, y hoy la venta de esclavos es algo que horroriza y en ciertos Estados es considerado un delito castigable hasta con la muerte. Hoy mismo, para las razas inferiores — para los antropófagos, por ejemplo — muchos actos y hechos que nosotros condenamos con toda la fuerza de nuestra alma, son moralísimos y hasta loables.

No se puede negar que el sentimiento moral en la generalidad de los hombres es muy diverso en tiempo de paz de lo que es en tiempo de guerra o de revolución; aun aquellos que son pacifistas o antirrevolucionarios sienten menos ofendido su sentimiento moral, en paridad de condiciones, por un acto de violencia o de rapiña cometido en tiempos anormales que en tiempos normales. Se puede, en efecto, en teoría, decir que el asesinato de un hombre en la guerra equivale a un asesinato de un hombre en tiempo de paz, cuando también en éste falta el impulso egoísta del interés o del resentimiento personal, — pero en realidad nuestro sentido moral es mucho más sacudido a la vista de un hombre que haya matado a un semejante en las calles de una ciudad que frente a aquel que vemos volver de un campo de batalla, — aun siendo nuestras ideas violentamente adversas a la guerra y al militarismo.

Así, también un conservador, si no es justamente cegado por la ira partidista, experimenta un sentimiento de repugnancia mayor frente a un homicidio vulgar que frente a un homicida político; y los mismos historiadores y filósofos de la burguesía más reaccionaria juzgan con un criterio muy diverso ciertos actos cometidos en períodos revolucionarios o de conmoción popular, en comparación con aquellos cometidos en tiempos y períodos normales.

Hablando de la violencia en uno de los artículos precedentes, nos hemos extendido ampliamente sobre esta diferencia de valoración, desde otro punto de

vista. En realidad, se aprueben o desapruében ciertos actos, se consideren o no útiles y oportunos, los hombres desapasionados y ecuanímenes deben estar concordes — a cualquier partido político y social a que pertenezcan — en juzgarlos diversamente, desde un punto de vista moral, cuando son determinados por móviles y circunstancias diversas; y esto naturalmente, aun cuando se trate de hechos de índole política.

Los ejemplos más arriba citados para demostrar cómo los conceptos morales pueden variar según los tiempos, las razas, los períodos históricos y las circunstancias, son tomados — ¿será preciso decirlo? — por lo que valen, *cum grano salis*; pues la diversa valoración de aquellos hechos puede depender también de otros elementos y de otros sentimientos independientes de lo que se ha convenido en llamar el sentido moral.

Y si, al ejemplarizar, he vuelto sobre el argumento de la violencia, ya tratado, es porque — y lo veremos mejor luego — toda ofensa al sentimiento moral dominante, todo acto inmoral, casi siempre se concreta en un acto de violencia (directa o indirecta, material o psíquica); como casi siempre es un acto de violencia — a veces estatal y gubernativa, a veces privada e individual, a veces insurreccional y revolucionaria — lo que restablece o pretende restablecer el equilibrio moral roto por una razón cualquiera de una prepotencia cualquiera.

¿Hay por tanto una moral anarquista?

Entendámonos. Por anarquía los anarquistas entienden — y deberemos explicar hasta la saciedad este concepto, para evitar confusiones y equívocos, — la ausencia de gobierno y de toda coacción violenta y organizada del hombre sobre el hombre, de imposición de la voluntad de algunos sobre todos los demás, como forma de vida social.

Los hombres para vivir tienen necesidad de ayudarse recíprocamente, de estar por tanto organizados entre sí. Hasta ahora, tal organización ha sido autoritaria; y en su seno las relaciones sociales, por necesarias que sean, en virtud de erróneos conceptos morales, religiosos y políticos, determinados a su vez por la ignorancia o por necesidades impelentes etc., han asumido un carácter de obligatoriedad permanente que las fosilizaba y por consiguiente las volvía nocivas a medida que la evolución social las superaba.

Así, el pacto recíproco de convivencia y de ligamen, necesario en interés de todos, a pesar de ese carácter de utilidad y necesidad, hasta aquí se ha traducido casi siempre en opresión, en tiranía social; y tal se ha vuelto, precisamente, porque le falta el carácter de espontaneidad y de voluntariedad y es en cambio una ley obligatoria, cuya observancia nos

imponen los gendarmes, cada vez menos en nuestro interés y cada vez más en interés de aquellos que se han atribuido el derecho de hacer las leyes para todos y de hacerlas observar.

Volver a dar a la asociación humana ese carácter de espontaneidad y de voluntariedad, de modo que el pacto social no vincule más que a quien lo ha aceptado y en cuanto y hasta cuando el que lo ha aceptado continúe considerándolo bueno; no poner por consiguiente como guardián de ese pacto a ningún juez y a ningún carabiniere, y no dar a ningún legislador el encargo de codificarlo o sea de cristalizarlo y hacerlo tiránico; he ahí el propósito de los anarquistas. Una organización social de la que esté ausente todo organismo coactivo sobre las acciones ajenas, en donde no exista lo que suele llamarse Estado o gobierno; he ahí la anarquía.

A un estado social anarquista se llegará por medio de la revolución o de revoluciones, a través de las cuales el terreno se desembarazará de todos los obstáculos materiales que hoy impiden a los hombres vivir en instituciones sociales y políticas actuales, y por medio de la transformación y adaptación de algunas otras originariamente buenas y útiles. A eso contribuirá, evidentemente, también en tiempos normales, la evolución lenta y gradual de la humanidad hacia el mejoramiento de sus condiciones de vida.

Pero además de eso, además de los hechos materiales, exteriores, políticos o económicos, revolucionarios o pacíficos, indudablemente debe concurrir a este trabajo de demolición y de reconstrucción una obra de preparación moral. Es preciso, en sustancia, revolucionar también las conciencias. No haré una cuestión de lana cabría para saber cuáles de esas actividades deben tener la precedencia; por lo demás una no puede marchar sin la otra. Hemos visto ya esto hablando de los factores morales de la revolución.

Es necesario desde hoy difundir una moralidad superior, humana, para tener una revolución redentora y no estériles sacudidas, o peor, los habituales cambios de gobierno. ¿Cuánto más necesario por tanto no ha de ser esto para el objetivo de instaurar y sobre todo de mantener una sociedad humana que no imponga a sus componentes ningún freno material, político o judicial, y cuente para regirse sobre todo con la conciencia del bien entendido interés recíproco de los individuos y con su espíritu de solidaridad?

La moral anarquista es una moral de amor.

No quisiera ser mal entendido cuando hablo de amor. Se ha abusado demasiado de esta palabra, de todos y en todo, hasta el punto que se ha apelado a ella para justificar toda debilidad y toda vileza. El amor humano, activo de que hablamos subentendiendo también el odio, igualmente activo para todo lo que se opone a cuanto forma el objeto de nuestro amor. Por consiguiente, a pesar de todo, esta palabra difamada por los débiles y los hipócritas, por los flojos y los insípidos, compendia todo nuestro concepto moral de una humanidad superior, fraternal, igualitaria libre.

¡Oh, la mágica potencia de este sentimiento! Nosotros lo hemos sentido en los años mejores de nuestra existencia, cuando nos hundíamos por completo en una lucha que no prometía a cada combatiente nada de material y de inmediato... Los escépticos pueden reír y sonreír; pero el amor a la humanidad, la sed de justicia y de libertad, no para nosotros solos, sino

para todos, es siempre la más fuerte levadura revolucionaria; y un día será un coeficiente válido de cohesión, para tener unida sin demasiado dolor la sociedad de los hombres redimidos de todas las tiranías.

Esta moral de amor, fundamento ético de la doctrina anarquista, no es cosa propia y exclusiva del anarquismo, es evidente. Ha inspirado desde los tiempos más lejanos a casi todos los innovadores, a casi todos los fundadores de religiones, a casi todas las filosofías que se proponían la investigación del bien y de la felicidad humana. Pero el carácter que le da el anarquismo es el mismo carácter que éste da a todas las reivindicaciones por que combate; el carácter de la libertad.

Todos los gobiernos, todos los partidos de gobierno, las iglesias de todas las religiones — aun cuando sinceramente se propusieran o se propongan instaurar una moral de amor, — no comprenden que se pueda hacerlo de otro modo que por medio de la autoridad, de arriba a abajo, imponiéndola por medio de leyes formales y coactivas, con la amenaza de penas corporales o espirituales, de soberano a súbditos, de pontífice a fieles. No comprenden (y en lo sucesivo se puede decir que fingen no comprender) que por el solo hecho de la coacción, su moral originariamente buena, se vuelve perversa, inmoral.

Cualquiera que sea, gobierno o iglesia, colectividad o individuo, minoría o mayoría, que pretenda hacer por la fuerza mi felicidad, me hace desgraciado. Por eso los anarquistas no quieren libertar al pueblo por la fuerza, como se dice alguna vez, jugando al equívoco; piensan en cambio que con la fuerza el pueblo debe libertarse a sí mismo, además de todos los otros medios; el pueblo debe tratar de conquistar cuanto mayor libertad y bienestar le sea posible. Con tal fin los anarquistas, por medio de la propaganda, de la lucha y de la agitación revolucionaria se esfuerzan por coordinar sus esfuerzos con los del pueblo, del que son parte y del cual comparten en general las necesidades y las aspiraciones. Pero todo esto libremente y voluntariamente, — pues ningún pueblo en realidad se ha libertado por imposición de arriba y sin el concurso de su voluntad más o menos consciente.

La moral de amor del anarquismo — o, para usar palabras que menos lugar den a equívocos, la moral de solidaridad, — es por tanto también una moral de libertad. Moral libertaria, y, — en este sentido, — anarquista. Medio espiritual de revolución, garantía fundamental para la coexistencia de una sociedad libre, — libre de evolucionar y por tanto reacia y hostil a todo formalismo, a toda codificación, diré casi a toda teorización; tal que encuentre en cada uno el libre intérprete por su aplicación en la práctica de la vida, — la moral sin sanción y sin obligación, tan magistralmente definida e ilustrada por Guyau.

LA MORAL DE LA SOLIDARIDAD

La gente que gusta de llamarse *práctico* — y en realidad lo es menos de lo que se cree, siéndolo sólo en relación al momento efímero de la propia vida y en relación a una concepción de la vida bastante mezquina y más que limitada, — dirá, ciertamente, que el triunfo de la moral anarquista es un sueño. Y puede darse, en efecto, que en su sentido absoluto lo sea — como todos los absolutos, por lo demás.

La moral de la solidaridad tiene, por sí misma, un valor educativo, pedagógico, de tendencia a lo óptimo deseable, pero que en la práctica llega hasta don-

de humanamente es posible llegar. Pero hay una posibilidad perenne de alcanzar lo mejor, de superar siempre lo que fué mejor ayer y que hoy no nos basta ya. En este sentido relativo, de una relatividad que disminuye siempre pero no acaba nunca, la moral del amor no sólo no es un sueño, sino que es una realidad también actual, una realidad en continua realización de sí misma.

¿Qué es por lo demás la misma *anarquía* entendida en el sentido más elevado de la palabra, sino un ideal, una tendencia a la mayor elevación posible del individuo, de todos los individuos que componen la humanidad, a su más completa libertad, al máximo desenvolvimiento y satisfacción de todas sus facultades? Pero si nosotros debemos caminar hacia ese objetivo ideal, no debemos preguntar demasiado si y cuándo llegaremos a su perfecta realización. Por eso, en la práctica, los anarquistas tienen una misión propia que absolver, y no se confinan en el sueño o en la visión de un lejano porvenir: tienen la misión de trabajar en demoler los obstáculos que se oponen a la libertad y al bienestar humano y de preparar los elementos necesarios para una organización social más libre que la presente.

La esperanza en el triunfo de la moral de solidaridad y de libertad es enteramente legítima; y sólo corresponde al porvenir marcar los límites progresivos de tal triunfo. Siempre que esa esperanza no constituya una creencia ciega, sino una fe razonada, que se basa en el análisis de las tendencias humanas, en el estudio de la naturaleza humana, en las indicaciones de la evolución histórica. Dado que la moral libertaria no ha nacido, lo hemos dicho a menudo, tal como está formulada, enteramente nueva, de los conventículos anarquistas, sino que es en cambio una respuesta a las necesidades más vivas del individuo; es una consecuencia, un fruto de la evolución de los mismos instintos, de las mismas necesidades, de las mismas tendencias de la humanidad entera.

Kropotkin, en su estudio sobre la "ayuda mutua", ha desarrollado extensamente y demostrado esta verdad: que el sentimiento de solidaridad ha sido siempre un factor importantísimo de evolución, no sólo en las sociedades humanas más civilizadas, sino también en las civilizaciones más atrasadas, medioevales, bárbaras, primitivas y también animales: el acuerdo y la ayuda mutua para la vida. Eso tiene un valor mucho más grande que la lucha por la vida. Ahora bien, se trata de utilizar esa tendencia a la asociación y al acuerdo de la humanidad en sentido libertario, en lugar de hacerlo como se ha hecho hasta hoy en sentido autoritario.

No creo que haya necesidad de formular una moral aparte para justificar la tendencia a una reforma del pacto social sobre esta dirección de la solidaridad en la libertad. Es una tendencia que encontramos en germen en todas las conciencias, en todas las colectividades incluso atrasadas. Y el espíritu de revuelta es una de sus manifestaciones más importantes.

Recuerdo al respecto que una vez me encontré en la cárcel, en un pabellón, junto a una decena de detenidos, todos sometidos a una especie de autoridad llamado el *capo stanza*. Este — un viejo ladrón — era nuestro superior. Antes de entrar yo allí, él, elegido en principio libremente por los otros detenidos y luego reconocido por los superiores de la cárcel, había adquirido una autoridad tal de que podía abu-

sar, y abusaba en efecto un poco demasiado. El más joven era obligado a hacerle la cama; los demás debían ofrecerle una partícula de la propia comida especial del domingo. Y mientras todos, uno por día, eran obligados a hacer la limpieza del pabellón, él quedaba sentado. Así tenía todos los pequeños privilegios y cometía todas las pequeñas prepotencias posibles en una cárcel.

Cuando fui encerrado yo también junto con los demás en aquella cárcel, bastó mi ejemplo de irreverencia y de desobediencia para desmontar, como suele decirse, la vanidad del cabo de varas, y algunos días después nadie le obedecía ya; todos hallaron más cómodo ponerse de acuerdo y hacer juntos, por turno, los servicios menos agradables, hacerse cada cual su cama, poner en común algunos y otros comer por su propia cuenta las cosas extraordinarias que cada cual recibía de fuera los domingos, observar espontáneamente todas las pequeñas normas higiénicas del encarcelado, etc. Si yo hubiere querido — esto es verdad — habría podido hacer girar en mi provecho esa pequeña revolución, aprovechando el ascendiente adquirido con mi revuelta; pero como no lo hice, el espíritu de solidaridad se impuso sobre el de sumisión. Pero todo esto ocurrió, no porque yo me haya puesto a hacer prédicas morales a mis compañeros de detención, o porque les haya hecho propaganda anarquista, etc., sino simplemente porque les hice comprender con el ejemplo y con pocas explicaciones en respuesta a alguna pregunta, que de ese otro modo estaríamos todos mejor.

Ahora bien, si había una moral en el fondo de nuestra pequeña revolución anarquista, circunscripta a las paredes de la cárcel, era una mayor comprensión de nuestra necesidad, de nuestra comodidad, de nuestro deseo de *estar mejor*.

Así en la sociedad. La necesidad de estar unidos ha sugerido a los hombres ciertas normas especiales de vida; y han creído bien encargar a algunos jefes de coordinar y formular esas normas, el vigilar y hacerlas observar incluso con la violencia. Algunas veces han sido los jefes mismos los que se impusieron a los súbditos por... su bien. Pero el que esos jefes deriven su autoridad de la propia prepotencia sobre los demás o de la elección voluntaria y la sumisión de éstos, lo cierto es que aquéllos se han aprovechado de su condición privilegiada de poder mandar sobre los demás, para obligar a todos a obrar en su interés y en el de los propios amigos y sostenedores, para imaginar una cantidad de normas inútiles y sólo benéficas para ellos que impusieron a los demás con la excusa de la utilidad pública; y así por el estilo.

Pero desde el origen, el hecho de la asociación respondía a una necesidad real — necesidad que no es de prever que pueda eliminarse nunca — y es de esta necesidad de la que ha surgido la moral social y humana. En principio debía confundirse con la obscura voz del instinto; pero, generalizándose, de movimiento inconsciente se ha vuelto cada vez más un sentimiento consciente, se ha refinado y elevado, y acabó siendo algo con vida propia. Como la antorcha que nos muestra el camino en la noche, los principios morales que seguimos a lo largo del camino de la vida los hemos encendido nosotros mismos por nuestro bien y por el bien de todos y hemos hecho de ellos la norma del vivir.

Pero, mientras hasta aquí la humanidad ha creído bien, en nombre de esos principios morales, estar so-

metida a los gobiernos y a los sacerdotes encargados de hacerlos conservar, y arrodillarse por tanto ante las leyes y las religiones que sancionaban esos mismos principios, — los anarquistas, y con ellos todos los espíritus superiores y emancipados, han constatado que la obra de todos esos guardianes de la moral humana es lo que de más inmoral puede imaginarse. Las leyes y las religiones han acabado por desecar y fosilizar también aquellos buenos principios de donde nacieron; y los gobernantes y los sacerdotes constituyen o contribuyen a mantener instituciones políticas y sociales inicuas e injustas, que son la negación de la moral humana, de la justicia, de la solidaridad y de la libertad.

Levantando la bandera de la revuelta contra todas las dominaciones, contra todas las leyes y contra todas las religiones, los anarquistas surgen por tanto en defensa de la verdadera moral, en nombre de su fe en los destinos mejores de la humanidad. Han comprendido bien que las cosas marcharían mucho mejor si los jefes de los pueblos no existiesen, si las normas de vida se volvieran voluntarias en lugar de obligatorias, si las asociaciones de los hombres fuesen libres y no coactivas; se han dado cuenta de que pueden también ponerse de acuerdo entre ellos para administrar en común lo que debe servir al bienestar de todos, y que todos estarán mejor cuanto menos existan entre ellos leyes y gobiernos, jueces y soldados, polizontes y verdugos.

Todo esto no significa ciertamente que los anarquistas no tengan moral; han hecho una propia, interpretan la moral humana formada a través de los siglos de convivencia; la base y el origen de esa moral es la utilidad de cada uno, pero su fin se ha vuelto la utilidad, el bien de todos.

Al principio el hombre no debía ver más que la utilidad personal, en contraste con la de los demás. Su moral era por tanto la del salvaje: es bueno lo que me beneficia, es malo lo que no me beneficia; es bien cuando robo lo de los otros, es mal cuando

otros roban lo mío. Pero a medida que la moral se aparta de ese origen brutal y animalesco y se eleva a una comprensión más vasta de la utilidad, pierde el carácter egoísta y se ennoblece hasta alcanzar la sublimidad del sacrificio por los demás, del sacrificio por la humanidad, del sacrificio por una fe o por una idea.

La utilidad de cada uno está íntimamente ligada a la utilidad de todos los demás hombres: este principio ha terminado por convertirse en conciencia de los más, un sentimiento, una ley moral, que en adelante está tan arraigada en el hábito mental de todos como para constituir un deber, al cual ciertamente se transgredió muy a menudo, pero se transgredió con la conciencia de obrar mal. Todos saben que nuestro deber es no perjudicar a otros; y si un impulso más fuerte no nos hace obrar en sentido contrario, frente a la necesidad de un semejante sentimos el impulso de correr en su ayuda. Sería pueril dar hoy una interpretación utilitaria a ese impulso; el joven que entra en un edificio en llamas para salvar a un niño en peligro no razona, no se expone al sacrificio de sí mismo pensando que también él podría un día hallarse en el caso de que otros corriesen un riesgo semejante por él, etc., etc.... Lo hace porque el daño y el peligro de su semejante le excitan y conmueven como si fuesen propios, y siente por tanto muy fuerte la necesidad de correr a evitarlos.

Aun cuando nos falte la fuerza o el valor para correr en ayuda de nuestro semejante en peligro, aun cuando otras preocupaciones adquieran la supremacía, sentimos el mismo impulso bueno de la solidaridad y del amor; y, al resitirle, sentimos además la necesidad de un pretexto para apaciguar nuestra conciencia, que nos habría querido arrojar en la contienda o en el peligro para correr a ayudar a nuestro prójimo. Es este mismo impulso desinteresado de humanidad el que lleva a las minorías revolucionarias a arriesgar la seguridad de la vida, el pan, la libertad y la existencia por una idea. Constituye, como hemos tenido más de una ocasión de notar, la levadura moral de toda revolución destinada a reformar y renovar el mundo.

UNA OBRA DE INFORMACION Y DE CULTURA REVOLUCIONARIA

"La Protesta,"

LA PROTESTA EDITORIAL

Diario de la mañana

SUPLEMENTO QUINCENAL

"La Protesta"

Fundado en 1897

Fundado en 1921

Fundada en 1922

La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos. Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero. Colaboradores en los diversos países.

El número suelto. 0.10 ctvos.
Suscripción mensual: \$ 2.50.
Suscripción trimestral incluido el SUPLEMENTO: \$ 7.50.

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico. Si no conoce esta revista, pida un número de prueba, que se le enviará gratis.

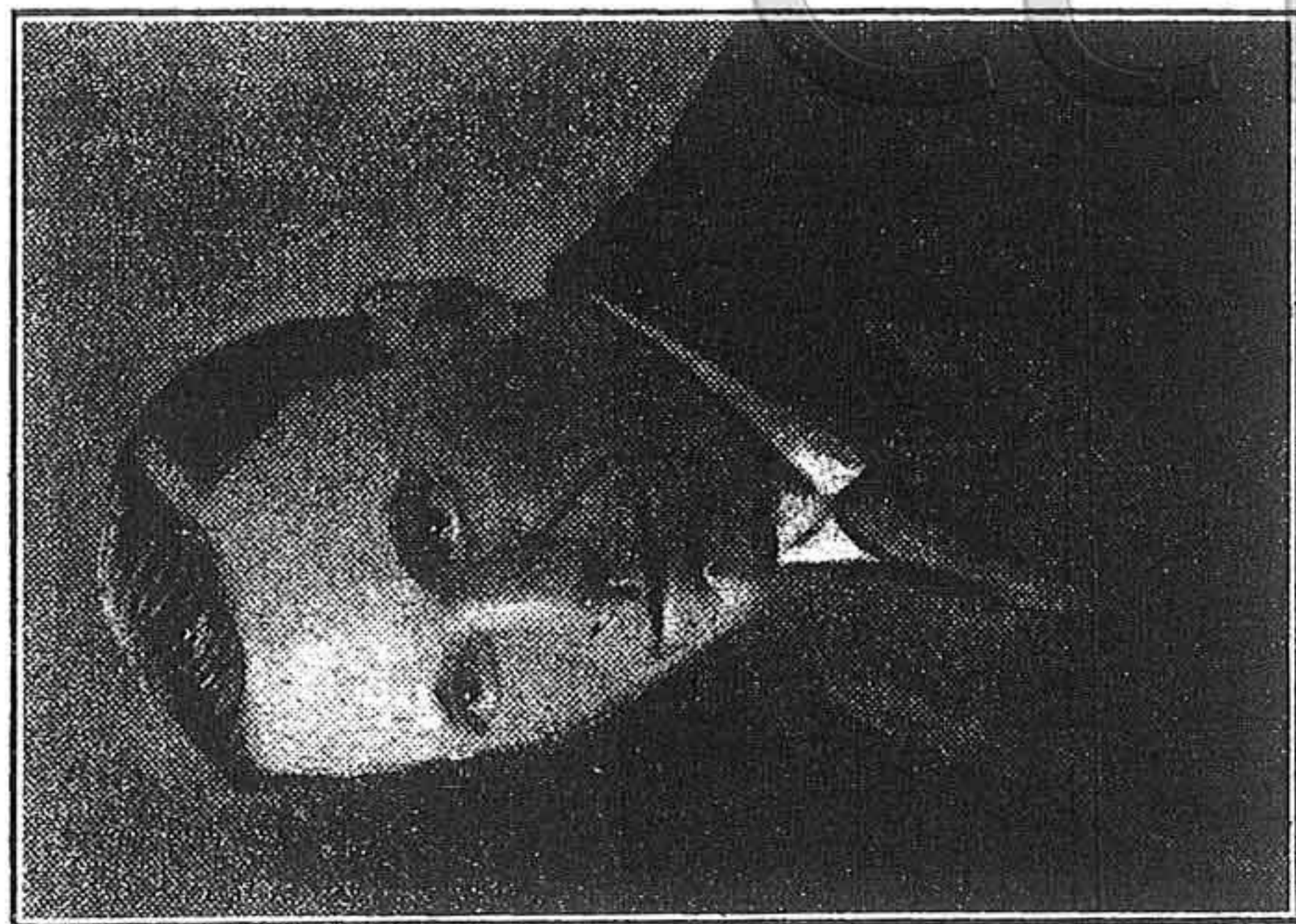
El número suelto: 0.20 ctvos.
Suscripción trimestral: 1.50; anual, 5 \$.—

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

Correspondencia administrativa a nombre de Mariano Torrente:
calle Perú 1537 — Buenos Aires (Argentina)

Kurt G. Wilkens



B. DE LIGT

CONTRA LA GUERRA NUEVA

DESARME AL MODO DE GINEBRA

El coronel holandés P. J. Munnikrede se opuso últimamente a un desarme eventual de los Países Bajos, porque tal acto unilateral estaría en flagrante contradicción con las exigencias de la Sociedad de las Naciones. Si un pueblo se desarmase por amor a la paz, traicionaría los "principios elevados" de la Sociedad de las Naciones. "Un Estado, miembro de la S. de las N. que se desarma unilateralmente, obra de manera inmoral. No queda en situación siquiera de cumplir su obligación más grave hacia la Sociedad y pierde el derecho a ser ayudado o asistido por los otros miembros de la S. de las N."

Todo militar que defiende así, en nombre de la civilización y de la paz, su profesión bárbara, es enérgicamente sostenido por el primer ministro inglés. El 8 de diciembre de 1927, Arthur Ponsonby remitió a Baldwin su valerosa carta en favor de la paz, firmada por 128.770 personas. Baldwin respondió hacia las Navidades que Inglaterra no podía desarmarse justamente porque quiere realizar la paz por el camino de la S. de las N.:

"Apoyar a la S. de las N. y desarrollar su autoridad, tal ha sido el objeto de las preocupaciones constantes del gobierno. Los firmatarios del manifiesto presentado el 8 de diciembre, ¿han reflexionado que si su actitud fuese seguida universalmente y si la flota y el ejército británicos llegasen a cesar de existir, el derrumbamiento de la S. de las N. se produciría inevitablemente? ¿Cómo podremos, por otra parte, sin fuerza armada, hacer honor a los compromisos que prescribe el artículo 16 del Pacto? La eficacia del tratado de Locarno depende también muy ampliamente de que los contratantes saben que en caso de ataque repentino, la Gran Bretaña volvería contra el agresor su potencia formidable" (1)

EL FRACASO DE LA S. DE LAS NACIONES

Por otra parte, las cosas no marchan bien, aun examinadas desde el punto de vista del pacifismo de Ginebra. Hemos visto, el año pasado, a lord Robert Cecil y a Henry de Jouvenel dimitir como representantes de sus países a la Sociedad de las Naciones en son de protesta. Esas dos personalidades de carácter bien diferente, han llegado por caminos separados a esta misma conclusión: la política de las grandes potencias es esencialmente contraria a los principios del Pacto. Fuera de la S. de las N. tanto como en su interior, los *Big Five* hacen lo que mejor les parece, sin preocuparse mucho de los otros miembros. El señor de Jouvenel que había representado a Francia en la comisión política, protestó especialmente contra el hecho de que su gobierno evitaba el hacer tratar por la S. de las N. varias cues-

tiones internacionales que debían ser resueltas allí y que practicaba una política de dilaciones que acumulaba las dificultades para el porvenir. En efecto, varios Estados miembros de la S. de las N. siguen, para resolver sus cuestiones internacionales, caminos muy distintos a los indicados por el Pacto. En cuanto a la forma, "quedando siempre en el cuadro del Pacto", se concluyen en todas partes tratados de no agresión, de amistad y de arbitraje que en su esencia violenta los principios de la S. de las N.. Ya Locarno, como lo ha reconocido Briand, dejaba de estar en el espíritu de la S. de las N. Cada vez más se ha vuelto abiertamente a una política de alianza y de tratados militares secretos que divide a Europa en diferentes campos dispuestos a atacarse con las armas en la mano.

Aunque, según el Pacto, la seguridad de los Estados reposa sobre la coalición de todos los miembros de la S. de las N. contra un agresor eventual, la mayor parte de los Estados en cuestión se han esforzado por procurarse garantías suplementarias. Incluso se puede decir que para esos Estados, sus alianzas parecen ser las garantías principales y que consideran la coalición de Ginebra como algo muy secundario. Así Francia y Yugoslavia se comprometen recíprocamente, claro está, en el inevitable cuadro del Pacto "a no entregarse de una parte y de otra a ningún ataque o invasión y a no recurrir ninguna de las partes en ningún caso a la guerra. Pero esa estipulación no se aplica si se trata:

- 1.º del ejercicio del derecho legítimo de defensa;
- 2.º de una acción emprendida para la aplicación del artículo 16 del Pacto de la S. de las N.;
- 3.º de una coacción emprendida en razón de una decisión de la Asamblea o del Consejo de la S. de las N. o por la aplicación del artículo 15 del Pacto de la S. de las N., siempre que en este último caso esa acción se dirija contra un Estado que se haya entregado el primero a un ataque".

Se ha preguntado si, en casos semejantes, se tiene que ver con un tratado de paz o de guerra. Semejantes tratados pululan actualmente en Europa. En vano Erasmo ha hecho notar en otros tiempos al que iba a convertirse en Carlos V que el exceso de los tratados es un signo de mala fe de los gobiernos. El texto de los artículos 3 y 4 del nuevo tratado entre Italia y Albania no parece ni siquiera compatible con las obligaciones oficiales provenientes del Pacto. La S. de las N. es carcomida por sus propios miembros.

IHR. BEELAERTS VAN BLOKLAND SE EXPLICA

Es verdad que en la última asamblea, los pequeños Estados se han opuesto con fuerza a la usurpación de derechos por los grandes Estados y que la

DE CARIBDIS EN ESCYLA

En la última sesión de la comisión preparatoria del desarme, en noviembre de 1927, se habló de ello abundantemente durante varios días. Se jugó con animación al escondite. Se instaló el comité de arbitraje y de seguridad, previsto por la asamblea y el consejo, pero ese comité es sin embargo compuesto de modo idéntico a la comisión preparatoria bien conocida, es decir que los expertos militares tendrán allí una influencia perniciosa. El comité y la comisión comprenden los mismos miembros; sólo la presidencia ha cambiado. Se decidió que la conferencia del desarme misma tendría lugar en 1928, "si todo marcha bien", es decir si la cuestión de la seguridad es resuelta en algunos meses — cosa absolutamente imposible.

¿Cuánto tiempo soportarán tan malas comedias los pueblos demasiado pacientes? Es como si se sometiese a una comisión de verdugos la cuestión de saber cómo abolir la pena capital. Las gallinas tendrán dientes antes de que la S. de las N. haya asegurado la seguridad y la paz.

ARMAMENTOS NUEVOS

Según el anuario de la S. de las N., los gastos militares para los siguientes países eran en 1926:

	Francos oro
Gran Bretaña e Irlanda del Norte . . .	3.097.900.000
Francia	1.295.600.000
Italia	1.028.400.000
Alemania	860.400.000
España	692.400.000
Polonia	418.800.000
Tchecoslovaquia	300.000.000
Yugoeslavia	222.000.000
Holanda	200.000.000
Suecia	195.300.000
Bélgica	136.100.000
Rumania	135.700.000
Grecia	130.700.000
Portugal	110.700.000
Suiza	87.800.000
Hungría	80.500.000
Finlandia	77.400.000
Irlanda (Estado Libre)	74.500.000
Dinamarca	67.900.000
Bulgaria	51.400.000
Noruega	51.200.000
Austria	49.300.000
Letonia	45.100.000
Estonia	24.600.000
Lituania	22.500.000
Luxemburgo	400.000

Es decir que la "pacífica" Albión gastaba para el presupuesto de guerra 68 fr. 71 por habitante. Francia y Suecia gastaban alrededor de 32 fr. 50, España y Holanda alrededor de 32 francos, Italia 25 fr. 36 y el Japón solamente 18 fr. 41. En cuanto a los Estados Unidos, gastan 25 fr. 85 por cabeza de habitante. Pero como el número de habitantes de los Estados Unidos es de 116.257.000, se sigue que la suma total de sus gastos militares alcanzaba ya en 1925 a los de Inglaterra, y sabemos que los superará cada vez más en el porvenir.

La competencia armamentista continúa. Inglaterra que se considera suficientemente desarmada acaba de ordenar la construcción de 18 barcos de gue-

delegación holandesa ha hecho todo lo posible para poner en marcha la carreta atascada de la paz. Pero su portavoz, el ministro Beelaerts van Blokland, al regresar a los Países Bajos, declaró a los periodistas holandeses que el "desarme" de que se habla en Ginebra es un término inexacto. Según él, ni siquiera las generaciones del porvenir pensarán en desarmarse completamente. Para él *desarme* no significa *desarme*, sino limitación, a lo sumo reducción; el objeto del desarme en Ginebra debe quedar muy modesto y estar íntimamente ligado al arbitraje, a la seguridad. En las condiciones actuales — declaró el ministro —, no puede hablarse casi de reducción de los armamentos.

El resultado práctico de la intervención de la delegación holandesa fué que la asamblea y el consejo se decidieron a crear una comisión anexa a la comisión preparatoria que debe tratar las cuestiones de arbitraje y seguridad. ¿Se tiene razón — prosigue el ministro — para estar satisfecho "aunque no fuese más que un poco" de esa conclusión? Ihr. Beelaerts van Blokland reconoce que las comisiones no son generalmente más que máquinas para dilatar los asuntos. En todo caso, dice, la cuestión del arbitraje y de la seguridad está a la orden del día. Pero el camino que lleva a su solución es muy largo. Una comisión no puede hacer nada sin una atmósfera de confianza y ésta no puede realizarse más que lentamente. Según el ministro, lo capital es el desarme moral. No es preciso decir que califica toda guerra ofensiva como un crimen.

En efecto, la asamblea de noviembre de 1927 ha aceptado unánimemente, con las más vivas aclamaciones, la declaración de Polonia según la cual toda guerra ofensiva es prohibida a los miembros de la S. de las N. Esto es evidente, porque las "Altas Partes Contratantes" no cometen nunca semejante ignominia. Sólo los enemigos o los calumniadores podrían acusarles de eso. Durante la gran guerra ¿no defendía cada cual ardientemente el derecho, la justicia, la democracia o simplemente su vida? Se buscará ahora al agresor como antes se buscaba a la mujer. Por lo demás, en nuestros días la distinción entre guerra ofensiva y guerra defensiva se ha convertido en un juego de palabras diplomático, vacío de sentido.

LA INTERVENCION DE LOS RUSOS

La participación de los rusos en la última conferencia preparatoria ha removido en todas partes al mundo imperialista. La prensa del pequeño cantón de Ginebra, tanto como los periódicos de los grandes países, estaban furiosos. Sin embargo, Litvinof tuvo al menos el mérito de esclarecer la situación real. El fondo de su discurso se resume en esto: Si queréis desarmaros, comenzad por hacerlo y destruid las flotas, los ejércitos y los aeroplanos de guerra; suprimid el servicio militar, demolead las fortificaciones, abolid los ministerios de guerra, los estados mayores, etc. La indignación "moral" contra los rusos fué grande porque se pudo constatar que ningún gobierno quería realmente desarmarse — ni siquiera los rusos mismos. Pero estos últimos echan la carta sobre la mesa y si consiguen obligar a los otros Estados a hacer lo mismo, su trabajo en Ginebra no habrá sido inútil. Sin embargo el Estado ruso será bien pronto obligado a descubrir a la S. de las N. su carácter militarista, carácter ¡ay! fatal para la prosecución de la revolución en el país de los soviets.

rra que costarán 11.700.000 libras esterlinas. Es el record de la construcción naval después de la gran guerra. Francia se ve obligada a atender su seguridad de una manera análoga. Habla, lo mismo que John Bull, de las exigencias de la defensa de sus colonias, de la longitud de sus costas, etc., argumentos que sostienen los socialistas franceses. El inquietante militarismo de Italia impulsa, además, a Francia a fortificarse en el Mediterráneo. El gobierno italiano propone un reclutamiento extraordinario de 200 oficiales aviadores para defender el honor de la patria nueva. En una palabra, aunque las frases varían, los hechos siguen siendo los mismos.

EL FRACASO DE LA CONFERENCIA NAVAL

Aunque el asceta calvinista Coolidge juega a Guillermo el taciturno, hay una cuestión sobre la cual se ha expresado abundantemente como verdadero servidor del antiguo dios de los combates. Aunque condenando la política de la competencia armamentista, subrayó hace algún tiempo las responsabilidades que incumben a los gobiernos obligados a asegurar a sus países una "defensa" correspondiente a las necesidades, diciendo: "Tenemos necesidad de armamentos navales muy poderosos; es necesario desarrollar también nuestra aeronáutica".

He ahí la respuesta al fracaso de la conferencia naval celebrada el año pasado en Ginebra por los Estados Unidos, Inglaterra y el Japón, conferencia que fué esencialmente un conflicto velado con motivo de la supremacía de los mares entre los imperalismos británico y norteamericano. A guisa de diversión, Inglaterra sostuvo la tesis francesa de la seguridad, los Estados Unidos en cambio defendieron el otro refrán de Mariana: la limitación del tonelaje global contra la limitación por categorías. Inglaterra, que, al rechazar el protocolo, había destruido ya todas las posibilidades del desarme en Europa, las destruyó también para el mundo entero al rehusar ponerse de acuerdo con los americanos sobre la cuestión de los cañones de 6 y 8 pulgadas.

Los americanos que, no queriendo soportar la supremacía británica sobre los mares, no habían ido más que para dirigir un último ultimátum al imperialismo inglés, hicieron oír esencialmente que no tolerarían nunca una interrupción de su tráfico marítimo como ocurrió durante la guerra de 1914, en ocasión del bloqueo inglés contra Alemania. Apenas simulada por cuestiones técnicas, esa conferencia no fué en el fondo más que un debate por la supremacía mundial y sobre la libertad de los mares — la Nación inglesa lo ha reconocido francamente.

PACIFISMO AMERICANO "DERNIER CRI"

Desde entonces, el presidente Coolidge ha enviado una comisión especial a las Filipinas para examinar: 1.º si el pueblo está en estado de "independizarse"; 2.º como puede ser modificado el cultivo del "rubber"; 3.º de qué modo pueden ser agrandadas sus fortificaciones. No es preciso decir que para que el gobierno norteamericano reconozca que los habitantes de las Filipinas estén maduros para la independencia, será preciso estar convencidos de que éstos no tienen otro deseo que el de quedar completamente dependientes de los Estados Unidos desde el punto de vista económico y político-estratégico. Dada la situación especial de esas islas en el océano Pacífico

y dado el amor del presidente Coolidge por la paz, la expresión "Coolidge el Pacífico" tiene pues doble sentido.

A este respecto, advirtamos como sorpresa y regalo de Nochebuena de 1927, el pedido del ministro norteamericano de la marina, Wilbur, hecho en nombre del presidente:

1—La adición a la flota norteamericana de 71 unidades.

2—La creación de nuevos astilleros de construcción.

3—El desenvolvimiento de las bases navales: a) Para el Atlántico: en Rhode Island y en Florida. b) Para el Pacífico: En San Francisco, Puget Sound, Pearl Harbour (Haway), Cavite (Filipinas).

IV. — Créditos importantes para aumentar la inclinación de todos los cañones de la flota, es decir para acrecentar su alcance.

En Inglaterra se comienza a reconocer que una guerra entre Estados Unidos y el imperio británico se vuelve cada día más posible, tanto desde el punto de vista político-económico como técnico. En efecto, ¿contra quién, sino contra Inglaterra tienen necesidad los Estados Unidos de esos 60 cruceros? ¿Contra quién si no contra Inglaterra tienen necesidad de la flota más poderosa del mundo? Los Estados Unidos se arman locamente para dominar el Asia en despertar y la Europa en declinación, en una palabra, el universo.

Sin duda, una guerra entre los Estados Unidos e Inglaterra parece todavía bastante lejana. No es menos verdad que hay que impedirle a todo precio. La tendencia agresiva de los armamentos norteamericanos es un índice inquietante. A pesar de algunas frases de los políticos norteamericanos sobre la "defensa nacional", su nuevo proyecto naval, con sus 26 cruceros de combate de 10.000 toneladas cada uno, tiene un carácter netamente ofensivo (2). Y como es generalmente el caso, esa concurrencia naval y aeronáutica es acompañada de una concurrencia comercial encarnizada. En América del Sur, el imperialismo de los Estados Unidos rechaza cada vez más la influencia británica. Ya la gran prensa de esa parte del mundo es controlada por los capitalistas de América del Norte. La lucha entre esos dos rivales — Inglaterra y Estados Unidos — para obtener la supremacía en el petróleo se prosigue hasta el Asia y Rusia; y la lucha por la conquista del algodón hasta Abisinia. Como lo hemos visto, esas dos potencias se disputan así el control económico de China. He ahí lo que significa la frase de Coolidge: "El poder militar y naval de los Estados Unidos está siempre al servicio de la paz mundial".

EL UNICO CAMINO

Para el desarme y la paz no queda más que un camino a seguir: el que hemos indicado. Se adopta felizmente cada vez más. En Francia — donde la nueva ley sobre la conscripción fué propuesta y defendida en el parlamento por ese mismo Paul Boncour que habla tanto en Ginebra y que, aparentemente a causa de lo que observa, sostiene en París el principio de la defensa nacional, en Francia, decimos, todo el mundo no está tan satisfecho del giro de los acontecimientos como lo están algunas damas enfermizamente apasionadas por el sufragio universal. Marianne Rauze, en "Les Liberés de toutes les Guerres", ha publicado la única conclusión que se impone: "Hoy, gracias a los progresos de la guerra científica, gracias a los perfeccionamientos del

asesinato universalmente legal, he ahí a las madres movilizadas... ¡Oh, madres refractarias! ¡Saludémonos!"

(1) En la "Revue de Genève" de marzo de 1928 William Martin constata también que la Suiza justamente como miembro de la S. de las N. no tiene derecho a desarmarse, lo mismo que no importa que otro miembro. El autor recuerda que cuando el gobierno de Dinamarca tuvo intención de desarmar a su país, por decirlo así, completamente, se le dió a entender que tal acto estaría en contradicción flagrante con sus obligaciones ante la S. de las N.

(2) Como por otra parte también el Saratoga, barco de guerra que lleva alrededor de 80 aeroplanos militares que pueden ser transportados así a no importa qué punto del mar para dar a los aviadores americanos la ocasión de hacer llover los beneficios de la civilización hipermoderna sobre no importa qué punto de la tierra.



En lo que llamaríamos "somático" de la política — de la nuestra — suele también confundirse cacique y "leader"; la confusión proviene de que en ambos se reconoce una condición común, y es la de dirigentes de partidos políticos, o grupos o facciones (esto último al cacique). Pero la sinonimia no puede ser más arbitraria, tanto en lo objetivo como en lo subjetivo. Algunos partidos tienen a su frente un "leader", un jefe, al paso que otros, con menos suerte, no pueden contar sino con caciques. Entre cacique y "jefe", — no obstante la analogía señalada, en cuanto uno y otro son conductores de grupos y de partidos políticos — hay, digo, diferencias que modifican hasta la fisonomía de los partidos mismos. El cacique, — como lo denota su propio nombre, que corresponde a la naturaleza de la "institución" — sólo consigue verdadero ascendiente sobre elemento inferior, ignorante, supersticioso... Hace, pues, del partido, o del "grupo", una "conducta". El "jefe", por el contrario, logra elevarse en un medio distinto; en un elemento superior, consciente y responsable. De donde se deduciría también cierta superioridad intelectual y moral, en sentido lato, de un partido político sobre otro.

El cacique es intrigante, conspirador y amoral, y aun, a veces, inmoral; por lo demás, en razón de su notoria falta de cultura no puede ser ni orador ni escritor; porque para ello no bastan los sucesos con que se triunfa a veces en política; y cuando (lo que es raro), sorprende con un discurso, la paternidad no le pertenece. A diferencia del cacique, el "leader" es orador, es publicista. Y en punto al *modus operandi*, el uno en penumbra, el otro a la luz, sus "medios", y también sus "fines", son distintos.

En un "jefe" se conciben ideas más o menos orgánicas; en el cacique sólo ideas "fijas"...

Pero entre el cacique y el "jefe" se puede admitir un tipo intermedio, el "caudillo", que es forma caciquil más evolucionada, y que se la refiere a un

sujeito a veces superior, aventurero y aun simpático. También en nuestra historia es un tipo definido.

Por lo demás, la forma caciquil, su *substratum*, o sea, el afán de "mandar", la propensión al autoritarismo, no sólo se ve en la esfera políticogubernativa; también puede verse, y suele verse, en las universidades. Es decir, que hay también "caciquismo universitario", tanto en el gobierno de las facultades como en el de las entidades estudiantiles...

Prof. R. BIELSA

—(o)—

ESPIGANDO

La Italia fascista

En la Italia fascista hay una cifra media mensual de 975 quiebras confesadas, mientras que en Alemania hay sólo 766 y en Inglaterra 425.

Además, se advierte una disminución del 30 al 40 por ciento del envío de fondos por los emigrados.

Eso habla con más elocuencia que Mussolini sobre la verdadera situación italiana.

Contra la perversión clerical

El 37º congreso nacional del Libre pensamiento francés, celebrado en el mes de septiembre del año pasado, entre otras resoluciones adoptó una con el siguiente contenido:

"Los libres pensadores, reunidos en Congreso el 23 de septiembre de 1928 en Chamalières-Clermont-Ferrant.

Considerando que la ley es igual para todos los franceses;

Que en ningún caso y en ninguna circunstancia, la calidad de sacerdote de una religión cualquiera puede valer a un individuo culpable de un delito o de un crimen para su impunidad;

Que en particular los sacerdotes católicos, llevados en su mayoría a la obscenidad y al sadismo, por la observancia de una continencia contra natura, y la preparación para el sacerdocio que les impone el estudio en el seminario de los más repugnantes tratados de lujuria, sobre todo en vista de la confesión, se hacen frecuentemente culpables de atentados contra tiernos niños; que lejos de denunciarles a la autoridad judicial, sus superiores eclesiásticos les eximen de toda sanción penal favoreciendo su fuga y ocultándoles en casas religiosas; que así cometen el doble delito de ocultamiento de malhechores y de complicidad castigado por el código penal francés; que, por altamente que estén situados esos superiores, ocultadores y cómplices de criminales, en la jerarquía de la iglesia, la justicia, que no tiene que conocer su

rango — y menos cuando la república no reconoce ningún culto —, no debe vacilar un minuto en asegurarse de su persona, como lo haría con un individuo cualquiera.

Se maravilla de que el obispo o el coadjutor que, de un modo criminal, favorecieron la fuga del cura Pichon, de Montlhéry, no hayan sido detenidos.

Pide al gobierno la iniciación contra esos encubridores de un criminal de derecho común de una instrucción judicial, estando su culpabilidad superabundantemente demostrada por sus mismas semi-confesiones, la entrega del obispo y de su coadjutor ante la jurisdicción competente, en este caso la Corte de Assises, por encubrimiento y complicidad".

También esa resolución dice bastante por sí misma sobre un estado de cosas que repugna tratar en detalle.

Sobre el ejército francés

En el ejército francés hay 106.000 oficiales y soldados de carrera o profesionales, a los que se agrega un contingente anual de 200.000 soldados, 150.000 soldados indígenas, 15.000 guardias republicanas móviles, sin contar los millares y millares de agentes y subagente militares.

La población del Japón

El Japón, con 385.522 kilómetros cuadrados tiene una población de 58 millones de habitantes. Los nacimientos por año llegaron en los años 1920-1925 a 754.700; en 1926 a 941.000. Pero la mortalidad es extraordinaria. En 1924, la mortalidad francesa era de 1,5 por mil habitantes, de 6,4 en Suiza, de 6,8 en Inglaterra, de 8,1 en Alemania, de 12,6 en el Japón.

Calculando la densidad de la población según el terreno de cultivo, se obtienen estas cifras: España, 90 habitantes por kilómetro cuadrado; Francia, 108; Alemania, 185; Italia, 305; Bélgica, 394, y el Japón, 969.

En 1924 había 4.979.018 pequeñas propiedades agrícolas, el 73 por ciento de las cuales no tenían una superficie mayor de una hectárea y el 50 por ciento eran menores todavía, hasta de media hectárea. Frente a esa propiedad minúscula se tiene 46 por ciento de la superficie de la tierra cultivable en manos de latifundistas. La tirantez de relaciones entre el latifundista y la propiedad minúscula en el Japón es característica; en 1927 hubo 3.000 conflictos. Y días pasados han llegado noticias de luchas enérgicas entre los pequeños propietarios y sus explotadores.

BIBLIOGRAFIA

PIERRE RAMUS. — La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico. — Primera parte: **Fundamentos sociales del comunismo anárquico.** — Un vol. de 199 págs. Editorial Argonauta, Buenos Aires, Precio: \$ 1.20.

Por fin ha visto la luz la primera parte de la famosa utopía económica de Pierre Ramus, que se venía anunciando desde hacía varios años. La segunda parte aparecerá en breve, según anuncian los editores. Se trata de una obra única en su género en la literatura anarquista y que ningún amante de una futura sociedad sin Estado y sin capitalismo deberá dejar de leer, de estudiar y de juzgar. Es una solución a problemas en que todos estamos interesados, y en estos años de confusiónismo, una solución, aunque no sea del agrado de todos, vale más que ninguna solución. Sería interesante que este libro sirviera de base a una fecunda polémica entre los anarquistas, sobre los caminos y los medios para acelerar la salida de este "valle de lágrimas" en que nos ha tocado vivir. Nunca sería más oportuna que ahora esa polémica, dado que de tantas partes se apremia por una revisión táctica de los medios de lucha y de ciertas interpretaciones del anarquismo. Ya esta primera parte de *La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico*, contiene afirmaciones que chocan con cierto doctrinarismo dogmático que solemos constatar con demasiada frecuencia en nuestros compañeros. El comunismo anárquico de Pierre Ramus no es el comunismo anárquico kropotkiniano absoluto, al menos en su forma generalmente conocida. Ramus tiene una mayor preocupación por la libertad individual, a juzgar por este libro y se adelanta a exponer una interpretación personal de las ideas que no siempre coincide con la ortodoxia, en tanto que se puede hablar de tal en el anarquismo. Por eso mismo estas páginas harán pensar a los lectores, que abordarán así con más preparación la lectura de la verdadera utopía, que se contiene en la segunda parte, de próxima aparición. La Guilda de Amigos del Libro distribuye esta obra a sus asociados.

DE NUESTRO CANJE

Francia: *Il Monito*, anarquico, anno IV, N.º 13 (12 de diciembre 1928), París.

—*Le Combat Syndicaliste*, órgano de la C. G. T. S. R. (Huart, 86 cours Lafayette, Lyon, Rhone), año II, N.º 17 (diciembre de 1928).

Austria: *Erkenntnis und Befreiung*. Organ des herrschaftslosen Sozialismus; año X, Nos. 49 y 50 (del 2 y 9 de diciembre de 1928, respectivamente). Viena.

Estados Unidos: *Freie Arbeiter Stimme* (en yidish). Año XXX, N.º 1.503 (diciembre 14 de 1928). New York and Philadelphia.

España: *¡Despertad!*, Vigo; año I, segunda época, N.º 29 (15 de diciembre de 1928).

—*Etica*, revista de educación individual; año II, N.º 23 (diciembre de 1928), Barcelona.

Uruguay: *La Tierra*, periódico anarquista, N.º 234 (diciembre 17 de 1928), Salto (Osimani y Llerena 318).

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—		C. LOMBROSO y R. MELLA.—	
"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873	\$ 0.50	"Los anarquistas" (Estudio y réplica)	„ 1.—
Edición especial, papel pluma	„ 1.—	NIDO, ROCKER y NEMO.—	
Encuadernado en tela	„ 2.50	"Nacionalismo y anarquismo"	„ 0.20
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán		SEBASTIAN FAURE.—	
Edición especial, papel pluma	„ 1.20	"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	„ 2.—
Encuadernado en tela	„ 3.50	Encuadernado en tela	„ 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	„ 0.15	"Temas Subversivos"	„ 1.50
RUDOLF ROCKER.—		También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:	
"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	„ 1.50	La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.	
"La maldición del practicismo"	„ 0.10	J. DEJACQUE.—	
RUDENKO.—		"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	
"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	„ 0.15		„ 0.50
JAMES GUILLAUME.—		WILLIAM MORRIS.—	
"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	„ 0.20	"Noticias de ninguna parte"	
MIGUEL BAKUNIN.—			
(Obras Completas)		ELISEO RECLUS.—	
I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	„ 1.50	"A mi hermano el campesino"	
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	„ 1.50	"La anarquía y la iglesia"	
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	„ 1.50		
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	„ 1.50	JUAN CRÚSAO.—	
Los mismos, encuad. en tela	„ 3.50	"Carta Gaucha". 7.ª edición	
ERRICO MALATESTA.—			
"Anarquía"	„ 0.20	D. A. DE SANTILLAN.—	
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri	„ 0.30	"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo	
PEDRO KROPOTKIN.—			
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno"	„ 0.50	AGUSTIN SOUCHY.—	
Encuadernado en tela	„ 1.50	"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920)	
"A los jóvenes"	„ 0.10		
LUIS FABBRI.—		S. RADOWITZKY.—	
"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	„ 0.50	"La voz de mi conciencia"	
Encuad. en tela	„ 1.50		
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	„ 0.20	VARIOS.—	
		"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.º, encuadernado en tela	
		ANSELMO LORENZO.—	
		"El derecho a la evolución"	
		ANA M. MOZZONI.—	
		"A las hijas del pueblo"	